

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 26

23 DE AGOSTO DE 1874.

AÑO 1.

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO OBRERO EN EUROPA Y AMÉRICA DURANTE EL SIGLO XIX.

CAPÍTULO IV. *

REVOLUCION FRANCESA.—Tercer período: 1848.—Revolucion de Febrero de 1848.—Sistemas socialistas de Luis Blanc, Pedro J. Proudhon y Pedro Leroux.

La República.—El socialismo en el poder.—Complicaciones.—Organización del trabajo.—Talleres nacionales.—Resultados funestos.—Reaccion y revolucion.

Uno de los sistemas socialistas más identificados con el comunismo y que más influencia ejercieron en la revolucion de Febrero de 1848, fué el de Luis Blanc, cuya completa exposicion de ideas se encuentra mejor que en ninguna otra obra en la que lleva por título *Organizacion del trabajo*. Severo moralista en su crítica sentimental sobre los vicios y crímenes, sobre las miserias é injusticias en que se asienta la sociedad, limitase en el principio de su libro á comentar y sostener las doctrinas de Rousseau y Montaigne, haciendo responsable á la sociedad y á sus viciosas instituciones de los actos malos ó buenos del hombre. Para el ilustre publicista que ahora nos ocupa, todos los vicios de la sociedad y todos los crímenes de los hombres reconocen una sola y misma causa: la miseria, que á su vez es resultado fatal é inevitable de la concurrencia, á la cual combate con parcialidad notoria, no en sus abusos, sino como principio económico. Y siendo la concurrencia una de las manifestaciones principales del individualismo, ó lo que es lo mismo, de la propiedad individual, á ésta en concepto suyo se debe condenar y suprimir con preferencia á todo. Los argumentos de los conjurados del Panteon bajo Babeuf, son desenvueltos aquí con tanto atrevimiento como elegancia. El fondo de la doctrina, aunque cubierto de ideas algo confusas y con palabras que no expresan de un modo terminante y verdadero el pensamiento del autor, es igualitario y comunista. ¿No significa realmente este sentido «que el gobierno debe ser el regulador supremo de la produccion y ha de hallarse investido para realizar esta misión de la mayor suma de fuerzas?» ¿No es igualitario y comunista el sistema que pide al gobierno «se levante un empréstito para atender á la creacion de talleres sociales de las secciones más importantes de la industria nacional, que el Estado sub-

vencione á esos talleres con un capital que no deven-gue interés alguno, y que se rija cada taller por reglamentos que tengan carácter y fuerza de ley?»

El fin superior de estos pensamientos económicos es destruir la concurrencia individual por la concurrencia social garantizada por el Estado; error profundo y trascendental que de ser practicable habria de concluir por la absorcion de toda industria privada y todo trabajo particular, y por el establecimiento de un humillante despotismo. De la formacion de talleres nacionales de una misma industria, de la asociacion de todos ellos entre sí, y de la solidaridad entre las diversas industrias, resultaria organizado el trabajo, bajo la dependencia, vigilancia y proteccion del gobierno, al que considera Luis Blanc como el taller central, y aquellos sus sucursales, con facultades para nombrar por eleccion los jefes y administradores de los trabajos de su respectivo taller. Respecto de la agricultura, dice el eminente socialista que debe someterse al mismo régimen; y como está universalmente reconocido el abuso de las herencias ó sucesiones colaterales, deben éstas ser abolidas, convirtiéndolas inmediatamente en propiedades comunales é inalienables. La grave cuestion de salarios se resuelve en este sistema al principio por la igualdad, luego por una fórmula nueva que su autor dice ha de ser una de las leyes que regirá la sociedad definitiva: *á cada trabajador segun sus fuerzas y necesidades*, es decir, la igualdad proporcional, reemplazando la distribucion en productos naturales al salario en dinero.

Réstanos mencionar, que en su *organizacion del trabajo*, Luis Blanc se declara partidario de la herencia directa y de la familia, aquella como una institucion transitoria, modificable en tiempos no lejanos, ésta como institucion permanente. Interrogado por sus adversarios que le echaban en cara estas inconsecuencias, contesta: «Es la familia un hecho natural é imposible de destruir, en tanto que la herencia es una convencion social que los progresos humanos pueden hacer que desaparezca. La familia viene de Dios, la herencia de los hombres. La familia es como Dios, santa é inmortal; la herencia está destinada á seguir la misma pendiente que las sociedades y los hombres: aquellas se transforman; estos mueren.»

Tales ideas hicieron millares de prosélitos entre los trabajadores de Francia. Por otra parte, el espíritu político de Luis Blanc, favorable á una revolucion que destruyese la monarquía y fundase la república democrática y social sobre la base sagrada del trabajo, se

* Véanse los números 19, 20, 22 y 24, páginas 17, 53, 97 y 170.

abrió paso entre una parte, la inferior, de la clase media y en la totalidad del cuarto Estado, que veían en aquel un reformista capaz por su entendimiento, energía, actividad y entusiasmo de realizar un día en el poder sus planes y proyectos de la oposición.

Pasemos ahora al apóstol de la doctrina mutualista.

P. J. Proudhon, pensador profundo, gran crítico, de instrucción enciclopédica, de fecundísima pluma, dialéctico hegeliano, ha sido el hombre que en este siglo quizá más ha trabajado por el descrédito de las viejas doctrinas económicas, demostrando al paso la ineficacia é impotencia de los remedios indicados por las escuelas socialistas para el buen éxito de la emancipación del proletariado. Impelido irresistiblemente hacia la contradicción y la paradoja, ninguno como él entre los escritores modernos ha desordenado más las inteligencias de los obreros ni contribuido tanto á trastornar por completo el orden actual. ¡Que de lamentar es no edificarse tanto como ha pretendido destruir!

Hijo de padres muy pobres, apenas si en sus primeros años pudo comprar libros que entretuviesen su precoz inteligencia, limitándose á concurrir diariamente á la biblioteca de Besanzon, su país natal. Cuéntase de él que no tuvo que comer el día en que presentó al Instituto uno de sus primeros trabajos, *Investigaciones sobre las categorías gramaticales y sobre algunos orígenes de la lengua francesa*; obra premiada con mención honorífica. Poco tiempo después, la Academia de Besanzon le confirió el premio Suard, que estaba pensionado con una renta de 1.500 francos, lo suficiente al modesto Proudhon para dedicarse algunos meses con más tranquilidad á sus estudios favoritos. Su discurso sobre la *utilidad de la celebración del domingo*, justificó á la Academia de que el agraciado reunía felices disposiciones para la carrera de las letras ó las ciencias, según mandato expreso de Mr. Suard, fundador del beneficio. Este discurso obtuvo de la citada corporación una mención honorífica, y su autor recibió la medalla en sesión pública y solemne, á pesar de sus ideas atrevidas sobre política práctica y organización social, opuestas enteramente á las que profesaban los individuos de la Academia. Cansado ya Proudhon de que estos se constituyeran en tutores de su pensamiento y censores de sus trabajos literarios y científicos, se marchó á París lleno de esperanzas, pero sin recurso alguno material. Y aquí, en medio de las mayores privaciones, luchando desesperadamente con la desgracia, viviendo muchos días en la miseria, escribió su primera memoria *¿Qué es la propiedad? Un robo: ó Teoría de la igualdad política, civil é industrial*, «en estilo rudo y áspero, haciéndose notar demasiado la ironía y la cólera. Esto es un mal irremediable: cuando el león tiene hambre, ruge (1)...»

Esta primera Memoria sobre la propiedad apareció en Junio de 1840, y contra los cálculos del autor, fundados principalmente en su título alarmante, casi pasó desapercibida para el público, hasta que el socialista Luis Blanc y el economista Blanqui hicieron de ella una notable crítica, el primero en su *Revista del Progreso*, el segundo, á nombre de la Academia de Ciencias morales y políticas, en el *Monitor*. Orgulloso Proudhon de la originalidad de su definición de la propiedad, llegó hasta asegurar que en mil años no se habían dicho tales palabras, para él más preciosas que los millones de Rothschild, ignorando ú olvidando que ya antes Brissot afirmó *que la propiedad exclusiva es un robo á la naturaleza; de consiguiente que el propietario es un ladrón*. Más lógico en los detalles que en el conjunto, en los principios que en las consecuencias, con muchas digresiones y sobrado dogmatismo, escribió Proudhon esta Memoria, en la que describe la sociedad moderna, fundada en la soberanía, la desigualdad, la propiedad. Sobre estos principios pone la justicia, ley general y primitiva de toda sociedad, y pregunta: ¿son justas la soberanía, por otro nombre despotismo, sea de uno, de muchos ó de todos, y la desigualdad? ¿Es justa la propiedad, consecuencia necesaria de aquellas? Claro es que sus contestaciones han de ser negativas, toda vez que para él la justicia consiste en la igualdad, y ésta, añade, es opuesta de un modo absoluto á la propiedad. A vuelta de disertar sobre las leyes generales del pensamiento humano, de las categorías de Aristóteles y Kant, de las leyes que rigen el universo, de las religiones paganas y cristianas, de las revoluciones antiguas y modernas, todo esto desenvuelto hábilmente en un estilo confuso y embrollado para la mayor parte de sus lectores, Proudhon llega á sostener que aún después de haber recibido su salario, el trabajador tiene un derecho natural de propiedad sobre la cosa que ha producido, sirviéndole de argumento principal la fuerza inmensa que resulta de la unión y armonía de doscientos obreros, por ejemplo; fuerza que el empresario ó capitalista no paga, y que es superior en sus productos á la de un trabajador que emplease para el mismo resultado doscientos días. Su opinión de que debe ser igual la remuneración de todos los trabajos de la misma duración, se funda en esta teoría: «que en una sociedad cuyos miembros reúnen sus fuerzas en común, la justicia exige que la igualdad presida á la repartición de los productos.»

El resto de la primera Memoria sobre la propiedad es una defensa de que la justicia distributiva consiste en la igualdad; que la propiedad no es anterior ni contemporánea de la idea de justicia, sino posterior y subordinada á ésta; que la propiedad no sólo es in-

(1) Así decía Proudhon de su trabajo en una carta fechada en París á 12 de Febrero de 1840, y dirigida á un íntimo amigo, Paul Ackermann,

gramático y literato distinguido. (*Sainte-Beuve, de la Academia francesa: Proudhon, su vida y correspondencia.*)

justa, es también imposible; que la nueva forma social debe distar tanto de la propiedad como del comunismo; que así como en el orden intelectual el espíritu humano formula primero una idea positiva, luego su contraria negativa, y por último busca la verdad en una intermedia y conciliadora entre las dos, así en el orden de las ideas sociales, la propiedad es la tesis, el comunismo es la antítesis, la libertad es la síntesis: de aquí que la *posesion* deba sustituir á la *apropiacion*. No tiene aquella los inconvenientes de la comunidad, porque es de un carácter individual, ni los de la propiedad, porque excluye el interés de los capitales ó la usura, origen de rapiñas y *brigandajes* propietarios. En resumen, desde sus primeras obras pide Proudhon la particion igual de bienes y que cada uno posea los instrumentos de trabajo hasta su muerte; en cuyo caso deben volver á la masa comun de trabajadores para un nuevo reparto.

A Proudhon eran indiferentes las formas de gobierno; le parecían tan injustas y absurdas la monarquía absoluta, la constitucional y la popular ó democrática, como la república. Se declaró *anarquista* con la misma franqueza y energía que llamó robo á la propiedad y ladron al propietario.

Posesion, igualdad, anarquía: he aquí la fórmula prouthoniana en sustitucion de la propiedad, desigualdad y soberanía, principios fundamentales de la sociedad actual. ¿Es la posesion un derecho alienable ó inalienable? ¿Puede existir la igualdad de fortunas si el hombre tiene libertad de trabajar, recibe íntegro el producto de su trabajo, y de él goza segun su capacidad y sus obras? ¿Cabe la anarquía en las condiciones y facultades físicas, intelectuales y morales del hombre? No desenvuelve el autor sus ideas de un modo claro y terminante sobre cada una de estas cuestiones, al ménos en la obra que nos ocupa; por el contrario, unas declaraciones sobre hechos históricos, vagas y oscuras, lucubraciones embrolladas y confusas sobre principios de derecho, y disertaciones metafísicas que son bien ajenas de los temas presentados á la discusion pública, le sirven como de comienzo á la obra de demolicion que habia jurado llevar á cabo.

Agradecido Proudhon al economista Blanqui por la crítica de su primera Memoria, le dedicó la segunda en Abril de 1841; la tercera vió la luz pública en Enero de 1842 con el título de *Carta á M. Victor Considerant, ó advertencias á los propietarios*. Dió lugar ésta á una polémica injuriosa entre el autor y el diario *El Nacional*, sobre la que se entabló un proceso ruidoso. El jurado absolvió á Proudhon. Desde entónces, y viéndose tan combatido por los propietarios como por los republicanos, por los economistas como por los demócratas, se dedicó con febril actividad á concluir y arreglar su obra *De la creacion del orden en la humanidad*. Los tres libros que aca-

bamos de mencionar aparecieron en un estilo más templado, suave y moderado, aunque en el fondo idénticos al primero sobre la propiedad. El último hizo creer á muchos que estableceria las bases de un nuevo orden social, á juzgar por el título, pero pronto se convencieron de su error al ver que dominaba en él la misma furia negativa de la religion, la historia, la filosofía, la economía, sin edificar ni construir nada nuevo y provechoso.

Por algun tiempo aseguró Proudhon su subsistencia mediante un empleo de confianza que espontáneamente le confirieron los hermanos Gauthier, ricos comerciantes y empresarios de trasportes en Mulhouse y Lyon; pero su espíritu altivo é independiente no le consintió más vivir subordinado á la direccion de los jefes de la casa, y volvióse á París, donde ya más conocido y apreciado por literatos y editores, afirmó definitivamente su reputacion científica. A esto contribuyó en primer término la publicacion de la obra fundamental de sus ideas: *Sistema de las contradicciones económicas ó Filosofía de la miseria*, en la cual desenvuelve extensamente las grandes cuestiones que agitan de un lado la economía política, de otro el socialismo, con más claro y superior sentimiento del derecho y más profunda habilidad en la exposicion y crítica de la propiedad, de las teorías sobre la organizacion del trabajo, del derecho al trabajo, del comunismo sansimoniano y fourierista, del derecho á la asistencia, de los partidos democráticos y republicanos, de los gobiernos y la sociedad.

«Se encuentra ésta, dice, en su origen dividida en dos grandes partidos, uno tradicional, gerárquico, autoritario, filosófico ó religioso, realista ó demócrata; otro que, resucitando en cada crisis de la civilizacion, se proclama ante todo anárquico y ateo, y que es refractario á toda autoridad divina y humana. Allí están la propiedad ó la economía política; aquí la utopia ó el socialismo.» Para Proudhon la economía política no es aún la ciencia, aunque contiene sus elementos, y el socialismo no encierra hasta hoy otro valor que el negativo y crítico de la economía política. Una y otro son ridículos y absurdos cuanto pretenden levantar el edificio social sobre las bases de libertad y justicia. ¡Caso raro! De seguro que no hay autor como Proudhon que combata con tanta dureza y tanto desprecio al socialismo! He aquí el motivo de sus esfuerzos en separar su causa y doctrina de la causa y doctrina de los socialistas, para lo que no ha perdonado medio ni sacrificio alguno, desde la opinion razonada y científica en el libro, hasta la censura irónica y sarcástica en el periódico. Así se explica bien el odio que le profesaron los partidarios de San Simon y Fourier, como los amigos de Luis Blanc, como todos los que querian reemplazar ó sustituir la actividad y la iniciativa del individuo por la accion colectiva de la sociedad ó la intervencion directa é inmediata del Es-

tado en la distribución del capital y del crédito y en la organización del trabajo. Odio que aumentaba á medida que Proudhon persistía en su hostilidad á los republicanos socialistas.

En las contradicciones económicas aparece Proudhon con pretensiones de reorganizador, pero sin cesar un instante en la misión de demolidor que él mismo se impuso. Gran parte de dicha obra está destinada á defender su gran descubrimiento de la medida exacta y conocimiento preciso del valor, sin lo que no es posible garantizar el trabajo y el salario. Sostiene que la concurrencia es el medio mejor de descubrir el valor; jamás se conseguirá, añade, por instituciones comunistas, aclamaciones populares y decretos del gobierno.

Esta idea del valor se relaciona estrecha y directamente con la idea del cambio; y sabido es que el valor de un producto no consiste ni en su materia, ni en su duración, sino que resulta del acto de entregar el producto al consumidor, ó lo que es lo mismo, del momento en que el objeto ó la cosa está á disposición del que la demanda ó pide. Sin esta condición la mercancía no tiene valor, y dentro de ella se determina aproximadamente, según su rareza relativa, las dificultades de procurársela y la relación existente entre la oferta y la demanda, lo que es causa de la inestabilidad de su valor. Como esta inestabilidad es común, es decir, que afecta igualmente á todos los productos, los economistas han convenido en que no hay medida del valor. En oposición á los economistas, Proudhon se presenta á fijarle y determinarle á vuelta de disertaciones filosóficas, que embrollan más esta cuestión, para muchos insoluble, de ellas deduce el autor, no el lector, que todos los trabajos, sean cual fuere su naturaleza, deben ser remunerados igualmente; que deben someterse los productos á una tarifa general; que deben suprimirse las monedas de oro y plata, sustituyéndolas con bonos pagaderos en frutos y productos naturales, los cuales habrían de entregarse por un Banco central á los trabajadores en cambio de sus productos. Este sistema, base de los Bancos de cambio mutuo, se ha ensayado en Francia y en otros países, incluso el nuestro, sin que haya obtenido satisfactorios resultados.

Su teoría de que el Estado no tiene derecho de dar y repartir el crédito, pues que no puede recibirlo, le conduce lógicamente á condenar cuanto es obstáculo al desarrollo y desenvolvimiento de la industria libre; sus ideas sobre los impuestos progresivo y suntuario demuestran la esterilidad, impotencia é injusticia de ellos, y su tendencia reaccionaria; sus argumentos á favor de las tendencias naturales del hombre y de las aspiraciones de la mujer ponen en su terreno verdadero la libertad individual, la dignidad y moralidad de la familia, y son la condenación más fuerte y sentida del comunismo. No por esto cesa en su guerra á la

propiedad: es en esto consecuente hasta la exageración; donde quiera que se le presenta una ocasión la aprovecha para combatirla y negarla, presentando en su lugar esta teoría: el uso de las tierras y los capitales debe ser gratuito; fuera de esto no hay más que robo y *brigandaje*. ¿Cómo, pues, se concilian estas ideas con las de la apropiación, condición indispensable de la actividad humana y del progreso social, y con las de la familia, fundamentales en la existencia de la humanidad, unas y otras ideas expuestas en la misma obra?

Tan extrañas contradicciones y otras como la división del trabajo, que es condición necesaria de la producción y causa del embrutecimiento del trabajador; la concurrencia, que es condición necesaria de un buen mercado y del progreso industrial, y causa de las crisis comerciales, bancarotas y envilecimiento del salario; la máquina, que es condición necesaria para el progreso de la industria é impulsión de trabajos violentos y repugnantes, y causa de la prolongación de horas de trabajo, de huelgas y del empobrecimiento físico, moral é intelectual del trabajador; el impuesto, que es condición necesaria para el sostenimiento de la sociedad, y causa lejana de su malestar y miseria; el monopolio, que es condición necesaria de la concurrencia y recompensa natural del productor, y causa de quiebra entre los mismos productores; la libertad, que es condición necesaria al comercio para la pronta, fácil y mejor salida de los productos, y causa del atraso y hasta de la ruina de la industria nacional; el crédito, que es la condición necesaria del apogeo y desarrollo de la producción, y causa de enriquecimiento para los capitalistas y de indigencia y miseria para los pobres: tan extrañas contradicciones, repetimos, fueron conocidas de Proudhon sin que sus adversarios las expusieran y combatieran con tanto empeño, y él mismo las explicaba mediante la teoría alemana de que el espíritu humano no progresa sino descubriendo sobre cada cuestión dos soluciones opuestas, dos leyes contradictorias, es decir, la antinomia, resolviéndose ésta en una idea elevada que constituye la verdad. Las contradicciones que no pudo ó no supo explicar las disculpó diciendo que eran variaciones, evoluciones de su espíritu.

Mejor casi que por sus libros pueden comprenderse las ideas de Proudhon por sus cartas confidenciales á los amigos más íntimos, publicadas é imparcialmente comentadas por M. Saint-Beuvé en una obra que anteriormente hemos citado. De los libros y las cartas deducimos que este hombre notable tenía fija toda su atención en una sociedad futura, ideada por él, donde cada trabajador se procurara sus herramientas é instrumentos y dispusiera libremente del producto integral de su trabajo; donde quedase abolido el privilegio capitalista; donde el cambio y el crédito se organiza-

ran gratuita y recíprocamente; donde el Estado político se disolviera en sus fuerzas económicas; donde se planteara la federación comunalista; donde hubiera sociedades libres de seguros mutuos; donde los servicios públicos se desempeñaran por compañías de obreros. Proudhon, hombre honrado, coloca la familia por base del orden social, la cual debe sostenerse, dice, con el predominio del hombre, la mujer y el niño. En resumen: la bandera de la escuela proudhoniana ostenta como principios el crédito para el obrero; la tierra para el que la cultiva; cambio mutuo; servicio por servicio; producto por producto; libertad, igualdad, reciprocidad, justicia.

No son estas las obras más notables, y muchas de las ideas hasta aquí expuestas no son las ideas definitivas de Proudhon. Hay en la vida de éste dos períodos, uno anterior a la revolución de Febrero y otro que casi alcanza a hoy. Le hemos descrito en el primero; ocasionaremos luego de juzgarle extensamente por sus escritos posteriores. Presenció con aparente calma la excitación política que servía como prólogo al drama de 1848, sin interesarse apenas por el triunfo de los republicanos. Lleváronle éstos, sin embargo, a la Asamblea Constituyente, donde por la originalidad de sus principios económicos y por su odio jamás entibiado a la propiedad y a los propietarios, recibió ataques violentos e insultos groseros de la casi totalidad de los diputados. Como hasta esa época su trabajo fuera de demolición, no tuvo muchos prosélitos en el pueblo, que tampoco le ocultaba su antipatía, en medio de la admiración que le causaban sus atrevidas negaciones.

Pedro Leroux presenta mucha analogía con Proudhon. Como éste ha publicado voluminosos escritos, donde campea una erudición profunda, pero desordenada, sobre la filosofía antigua y las religiones paganas; sobre el derecho y la historia, sobre la metafísica y la física, sobre la economía política y el socialismo. Como Proudhon establece principios contrarios e ideas opuestas, para deducir su sistema de organización social. Afiliado primeramente en la escuela de Saint-Simon, hace del periódico *El Globo* un órgano del sistema industrial; más tarde se separa de las extravagancias religiosas de L'Enfantin, y continúa con Bazard la doctrina del maestro, hasta que rompió definitivamente con esta escuela indignado de las impuras doctrinas de sus correligionarios acerca de la emancipación de la mujer, de la desaparición de la familia y de las funciones del Padre Supremo. Durante algunos años empleó su gran talento en artículos que publicó la *Revista Enciclopédica*, sobre la poesía moderna y el movimiento de las ideas filosóficas y religiosas. En 1838, en 1839 y 1840 levantó su ideal filosófico, político y social en tres libros, cuyos títulos son *La Igualdad*; *Refutación del Eclecticismo*, *De la Humanidad*, los cuales le acreditaron como profundo

filósofo y brillante escritor, y en concepto de algunos fanáticos por un profeta y un evangelista de la sociedad futura. Como filósofo negaba la distinción del cuerpo y alma, la personalidad humana, la razón individual; como religioso se declaró panteísta; como socialista quería el comunismo al uso sansimoniano, y como político predicaba la igualdad absoluta y la anarquía. Excesivamente apegado a las doctrinas griegas, coloca Leroux en la cúspide de su edificio religioso, filosófico, político y social el dogma de la Trinidad, ó la *Triada*.

Pasemos en alto la identidad que Leroux halla entre la filosofía y la religión, entre el hombre y la humanidad, la negación que hace de una vida futura diferente de la vida terrenal, la defensa que establece del Panteísmo y de la Trinidad, ésta como una ley general de la vida. A nosotros interesa solamente la organización social.

Bajo el punto de vista social, dice, el hombre presenta tres aspectos, propiedad, familia y patria, que responden a otros tres del hombre bajo el punto de vista psicológico, sensación, sentimiento y conocimiento; aquellos como éstos no pueden desaparecer jamás. No se concibe, pues, el ser humano sin propiedad, sin familia y sin patria, fundamentos necesarios de su comunión con sus semejantes y la naturaleza; pero hasta aquí la propiedad, la familia y la patria no han podido organizarse de manera que el hombre se desenvuelva y progrese libremente en su seno. La familia encierra al hombre en la casa desde niño; el hijo está subordinado al padre; el hombre es un *heredero*. La patria encierra al hombre en otro mayor espacio, creándole elementos hostiles, haciendo de él un *súbdito*. Hay una tercera manera de encerrar al hombre, y es dividir la tierra, ó en general los instrumentos de trabajo, sujetarle a las cosas, subordinarle a la propiedad, convertirle en un *propietario*. El origen del mal es la separación definitiva de la unidad y la comunión del hombre con sus semejantes, por otro nombre, aislamiento, individualismo, casta. Nacen de aquí la *familia-casta*, la *patria-casta*, la *propiedad-casta*, que son entera y absolutamente contrarias a la verdadera familia, a la verdadera patria y a la verdadera propiedad.

Muchos han sido los remedios indicados y empleados para combatir estos males; nada ó poco se ha conseguido. Leroux reconoce en la caridad cristiana uno de los mejores, pero que es también como otros insuficiente e imperfecto. En su lugar establece el principio superior y completo de la mutua solidaridad humana, fundado sobre la relación íntima y la unión indisoluble que existe entre el hombre y la humanidad. Esta relación y esta unión son tales, que nosotros no podemos hacer mal a nuestros semejantes sin hacer nuestro propio mal. La fórmula de la solidaridad debe ser entonces: «Amar a Dios en unos y

en otros. No separar á Dios de unas y otras criaturas. Dios no se manifiesta fuera del mundo. Nuestra vida no está separada de las vidas de los demás hombres.» Se realiza este principio de la solidaridad humana, añade Leroux, por la aplicación completa de la libertad, la igualdad y la fraternidad, sobre todo de la igualdad.

En todas partes la *triada*: sensación, sentimiento, conocimiento; familia, patria, propiedad; libertad, igualdad, fraternidad. A propósito de la igualdad, combate este eminente publicista, en párrafos elocuentísimos de su obra, á los enemigos del progreso, que quieren mistificar ó interpretar de una manera falsa y mezquina aquel principio fundamental de la moderna democracia. El esfuerzo supremo de esos reaccionarios es restringir el principio de igualdad á la igualdad ante la ley; los más liberales llegan hasta consentir la igualdad en el orden político. Protesta Leroux enérgicamente contra esas adulteraciones, porque el verdadero axioma revolucionario no presenta la igualdad del ciudadano, sino la igualdad humana, como ley divina, anterior y superior á las demás leyes, y de la que todas deben derivar, como criterio de justicia, impuesto á nosotros con tanta autoridad y fuerza que constituye los fundamentos de nuestra organización política (*soberanía popular*), de nuestra organización económica (*libre-concurrencia*), de nuestra organización moral (*libertad de conciencia*), de nuestra organización social (*relaciones entre las distintas esferas de la vida humana*).

«Pero la igualdad no está admitida ni aceptada más que en principio. De hecho, ¡cuánto dista de verse completamente realizada!» Sería tarea demasiado extensa la de presentar aquí el cuadro de ejemplos que P. Leroux aduce con elocuente verdad en prueba de la contradicción, desorden y oposición que hay entre el hecho y el derecho en la sociedad actual. ¿Quién no lo conoce y sabe?

He ahí, pues, la causa del mal presente: la lucha eterna entre el principio de igualdad y su contrario, lo mismo en la humanidad que en el hombre. Desarrollando las ideas de este nuevo reformador, encontramos un dualismo en cada hombre, dos tendencias opuestas, dos aspiraciones distintas: pasado y porvenir.

Representa el pasado la tradición, el egoísmo, la servidumbre. Se refiere el porvenir á la razón, la solidaridad, la libertad. Allí la desigualdad; la igualdad aquí. «¿Qué principio, pregunta, triunfará y se realizará en la práctica? ¿La igualdad ó la desigualdad? Si es ésta, replegaos pronto en la noche de los siglos transcurridos, antes de que este ideal se nos aparezca; si es aquella, marchemos entonces á su cumplimiento.

Tales son los principales pensamientos de P. Leroux, explicados en sus obras doctrinales y apoyados con multitud de citas entresacadas de la mitología y

de la historia antigua. Halla practicada la igualdad, ó por lo ménos marcada tendencia á la realización de este principio, en Creta por Minos, en Esparta por Licurgo, en l'Enotria por Italus, entre los judíos por Moisés, entre los cristianos por Jesús, en la India por Bouddha. Siguiendo la tradición, en este sentido *triádico*, hay también en lo antiguo tres épocas que afirmaron la desigualdad en el mundo: primera, la *familia-casta*, en la que el hombre vale por su nacimiento (India, Egipto, Asiria y Persia); segunda, la *patria ó nación-casta*, por la que todos los derechos del hombre están subordinados á la cualidad de ciudadano (Grecia y Roma); tercera, la *propiedad-casta*, con la que el hombre es y significa, por sus tierras, sus casas ó castillos (Feudalismo). El *bourgeois* de hoy es la continuación directa é inmediata del señor antiguo y del noble de la Edad Media. El capital ó la renta vienen á ser ahora lo que ántes eran el nacimiento, la patria y la propiedad. Sobre estos temas desarrolla Leroux una notabilísima erudición, para después fundar mejor sus negaciones de la propiedad individual y del valor del trabajo particular en su relación con el trabajo colectivo.

Leroux es igualitario, y subordina á la idea de igualdad todas las demás que son como ella tan propias, tan naturales, tan legítimas del hombre; pero no establece los límites de las consecuencias legítimas é ilegítimas de la igualdad, aunque ya es mucho que las reconoce. Niega la propiedad; pero las distinciones tan sutiles y los esfuerzos artificiosos de un lenguaje especial para hacer comprensibles la familia, la nación y la propiedad humanitarias como organismos sustitutos de castas familiares, nacionales y propietarias, hacen sospechar que su espíritu vacilaba muchas veces ántes de caer definitivamente en el comunismo. Él mismo conocía esto y quería evitarlo, como Proudhon conoció sus contradicciones y pretendía explicarlas por el método con que formulaba sus ideas. Tanto Leroux tenía conciencia del sentido comunista de su doctrina, que se vió obligado, por fin, á declarar que la comunidad podía ser un estado de disolución y como transitorio al período de organización superior. Aquí se nos presenta nuevamente la *triada*.

Es el hombre psicológicamente considerado uno y triple, sensación-sentimiento-conocimiento, indivisiblemente unidos; uno de estos términos puede predominar sobre los otros dos, ó dos sobre uno. De ahí nace la división de la especie ó raza humana en tres grandes clases: sabios (hombres de conocimiento); artistas (hombres de sentimiento); industriales (hombres de sensación). Se encuentra esta misma división en todos los tiempos y lugares; por ejemplo, en la India, brahmanes, guerreros, sudras; en el Egipto, sacerdotes, guerreros, trabajadores; Platon en *la República*, filósofos, guerreros, trabajadores. En nuestros días: sabios, artistas, industriales (San Simón);

sabios, capitalistas y obreros (Fourier); clase contemplativa, clase afectiva, clase activa (Comte)... Casi la misma division establecen todos los reformistas. Leroux condena el error de estos en constituir la sociedad con esta division en forma de castas, la cual es causa de subordinacion, opresion y desigualdad. Hay que hacer á todo trance la sociedad perfecta, dice, y para esto deben colocarse las tres clases sobre un mismo pié, la igualdad. El medio mejor y único de unirse íntimamente los hombres en todas las funciones de la vida social es agruparse de tres en tres; porque así como en todo ejercicio de la actividad humana hay el empleo de tres facultades esenciales, así hay necesidad de la reunion de tres individuos para que una funcion cualquiera se cumpla y llene lo más perfectamente que sea posible. Es, pues, la *triada* el elemento social del trabajo. Una reunion de triadas forma el taller. Toda funcion industrial, comercial, científica, artística, etc., da lugar á tres talleres. A disposicion de cada *triada* quedan los instrumentos de trabajo, capital, máquinas, útiles, etc. Cada hombre tiene derecho á la habitacion, alimentacion y al vestido; más claro, que tiene derecho á casa, comida y ropa. Todos y cada uno tienen derecho á participar de todas las ventajas de la sociedad. Todos y cada uno tienen el derecho y el deber de trabajar. Todos y cada uno tienen derecho á la propiedad. Esta es el derecho natural del hombre de usar de una cosa determinada en la forma y el modo que determinen las leyes. La sociedad, el medio colectivo, es el campo y el centro de trabajo donde cada hombre aplica ó practica su ciencia, ó emplea los instrumentos, ó transforma la materia. En todo medio de produccion, el medio social interviene en la entrega de los instrumentos de trabajo y de las primeras materias, á título de inspirador y á título de repartidor. La reparticion es el acto por el cual el poder administrativo preside la distribucion general de los productos y los instrumentos, sean éstos industriales, artísticos ó científicos. La forma de la retribucion á todos los funcionarios es tambien triple y una. A cada uno segun su capacidad; á cada uno segun su trabajo; á cada uno segun sus necesidades.

Todo esto es, como hemos dicho, puro comunismo. No nos detendremos más en combatirlo.

Réstanos decir que para Leroux ya no resuelve por completo la *triada* el problema social. La fórmula de solucion por él descubierta solamente es el *circulo*. Sirven para su estudio comparativo y para explicacion de su sistema la historia natural, la física, la química y la fisiología. Sobre esto y sobre la organizacion política y administrativa de la sociedad nada diremos; ¡qué compasion debe darnos ver á uno de los entendimientos más grandes del presente siglo caer desde lo alto de sus concepciones científicas al bajo de lo ridículo y absurdo!

Tambien éste, como los sistemas socialistas que dejamos expuestos, influyó determinadamente en la revolucion de Febrero. Más que del gobierno provisional y de la comision ejecutiva esperó Leroux de la Asamblea Constituyente el triunfo de su ideal. Ilusion pura; porque los diputados comprendieron desde un principio la mision política y social que el pueblo les confiara, y no habian de convertir la Cámara en un concilio que definiese nuevos dogmas religiosos y morales, y crease nueva Iglesia sobre bases tales como la *triada* y el *circulo*.

(La continuacion en el próximo número.)

JOAQUIN MARTIN DE OLÍAS.

LA MUJER PROPIA.

LEYENDA DRAMÁTICA DEL SIGLO XVI.*

PARTE SEGUNDA.

EL PALACIO.

Despacho de Antonio Perez en el Real alcázar. A la derecha, puerta que comunica con las habitaciones del Rey, y otra á la izquierda, que da á las del Secretario: ambas en primer término. Gran puerta en el foro, entrada principal de la habitacion, por la cual se ve una galeria. Ventana practicable á la izquierda, segundo término, con vidriera y antepecho. A la derecha, enfrente de la ventana, un cuadro que gira sobre uno de los lados de su marco, y encubre una puerta secreta. Mesa de despacho á la izquierda: junto á ella, estante con papeles, carpelas, libros, etc., etc. Un péndulo; librerías, jarrones, pinturas, estatuas; todo, lo mismo que el mueblaje, de gran lujo y del mejor gusto. A la derecha, una campanilla de la cámara regia.

ESCENA PRIMERA.

PEREZ y VAZQUEZ. *Aquel, sentado á la mesa, hace apuntaciones, hojea y arregla papeles: éste se pasea por la habitacion.*

VAZQUEZ.

A vuestros ojos, la imágen de la envidia y de la saña.

PEREZ.

¿No erais mi rival?...

VAZQUEZ.

Veíame

pobre, en edad avanzada ya para aguardar un cambio de fortuna; ambicionaba...

PEREZ.

El primer puesto.

VAZQUEZ.

El mejor:

el que me daba esperanzas

* Véanse los números 20, 21, 23 y 24, páginas 54, 84, 154 y 187.

de vivir con más holgura.
A mi edad, Perez, no halaga
al poder como á la vuestra.
El oro todo lo alcanza:
dadme el que os pida, y os cedo
el poder de buena gana.

PEREZ.

(Lavantándose y colocando en el estante un legajo que estaba atando.)

Yo desprecio tanto el oro...
que lo tiro.

VAZQUEZ.

¡Ciertol... ¡Y cuánta
prueba de sinceridad,
de afecto, fué necesaria
para que...—¡Claro! Subisteis
vos al poder: la desgracia
mi ambicion redujo á verme
de nuevo en mi secundaria
posicion... *Ergo* yo era
un traidor bajo la capa
de infeliz... Al fin pensasteis
que, al ser de vuestras marañas
encubridor y partícipe,
una cadena me echabais
al cuello...

PEREZ.

(Acercándose á Vazquez é interrumpiéndole naturalmente.)

¿Habeis visto hoy
á Escobedo?

VAZQUEZ.

Fué á mi casa
anoche.

PEREZ.

¿Sí? Por acá
no parece.

VAZQUEZ.

Está que rabia
con vos. Ya lleva ocho días
de pretender...

PEREZ.

Con su audacia
y su impaciencia ha logrado
inspirar desconfianza
al Rey.

VAZQUEZ.

Como cuanto viene
del señor don Juan de Austria,
su hermano.

PEREZ.

Sí.

VAZQUEZ.

Y á propósito;
vos jugais con dos barajas
en este asunto...

PEREZ.

Don Juan

es ambicioso y le falta
el poder que á mí me sobra;
me busca, sigue á sus armas
la fortuna, y bien pudiera
otorgarle, hoy ó mañana,
la corona que le niega
su hermano con sistemática
rigidez. Al navegante,
aunque la mar esté en calma,
no le pesa columbrar
un puerto; que el tiempo cambia
y va desde bueno á malo.

VAZQUEZ.

Y si en tanto...

PEREZ.

En tanto pasa
por nuestras manos el oro
que consume la campaña
de Flandes... y el oro...

VAZQUEZ.

Sí;

el oro es una sustancia
como la manteca: siempre
deja algo por donde pasa.

PEREZ.

El Rey duda de su hermano;
sosténgole yo con maña
que si le hacemos creer
que sus proyectos se amparan
por mí, al ménos se sabrá
cuáles son.

VAZQUEZ.

Prudente táctica.

PEREZ.

El Rey lee cuanto escribo;
yo escribo cuanto me agrada
con su anuencia, y ninguno
de ellos puede echarme en cara
que le engaño.

VAZQUEZ.

No; ambos tienen
igual derecho, y se empatan.

PEREZ.

Por cierto que el no muy lince
embajador que nos manda
el Gobernador de Flandes...

—Sabed que tardes pasadas,
estando yo con la de Éboli
á solas, entró en la cámara
Escobedo... y... no recuerdo
qué exceso de confianza
echó de ver en nosotros;
ello es que al salir, con santa
necedad, me dijo: «Antonio,
estas distracciones causan
las calumnias que en la corte

cunden»...

VAZQUEZ.

¡Distracciones llama á...—¡Es mucho Escobedo! A fe, á fe que si averiguara el Rey...

PEREZ.

¡Y eso es fácil?

VAZQUEZ.

¡Un Felipe segundo! ¡Vaya, cada vez que pienso en ello me...

PEREZ.

Las pasiones humanas embrutecen á los hombres superiores, y el que engaña con la verdad, el que adula el fácil vicio, no la árida virtud...

VAZQUEZ.

¡Cuántas, cuántas veces he recordado esas máximas!

PEREZ.

Al casarme yo...

VAZQUEZ.

Ya va para diez años.

PEREZ.

Diez... ¡Nada más? El Rey cometió algunas indiscreciones con Ana...

VAZQUEZ.

Sí, se aseguró en la corte que la princesa gozaba de los favores del Rey... Pero, de repente, cambia el viento, sin saber cómo, y la aventura os achacan á vos.

PEREZ.

La linda viudita hallábase disgustada del misterio impuesto á una amistad tan pura y franca como la nuestra.

VAZQUEZ.

(Con malicia.)

¡Yá!

PEREZ.

El Rey

comenzó á ver con alarma que la corte... Y yo hallé un medio que todo lo conciliaba. Ser á los ojos del mundo amante...

VAZQUEZ.

De vuestra amada.

PEREZ.

Dándole en público pruebas de mis amorosas ansias. El soberano aceptó.

VAZQUEZ.

¡Estupidez... soberana!

PEREZ.

El sublime sacrificio de un nombre puro...

VAZQUEZ.

¡Sin tachal

PEREZ.

Y de la paz de mi hogar.

VAZQUEZ.

¡Já, já, já!—¡Eso tiene gracia!

PEREZ.

Y la misma parsimonia severa con que se tratan Ana y el Rey, favorece nuestro amor y presta alas á mi influjo. En el carácter grave, austero del monarca, infundiría el deseo satisfecho, repugnancia hácia una pasión que hoy su conciencia no rechaza...

VAZQUEZ.

Y es muy estrecha.

PEREZ.

El Rey ve en la de Éboli una dama que oscurece los ejemplos de las matronas romanas. —Ella conoce al Rey.

VAZQUEZ.

Por que no le ama.

PEREZ.

Y no le ama... por que le conoce.

VAZQUEZ.

¡Pues!

—¿Y si alguna vez se cansa su majestad de la de Éboli?

PEREZ.

No dejará de mirarla como una mujer querida digna de ser estimada.

VAZQUEZ.

En fin, que, desde la muerte de Coello (que Dios haya) vuestra influencia ha subido cual la espuma, y lleva trazas...

PEREZ.

Tengo enemigos.

VAZQUEZ.

¡Bah! El odio
es preferible á la lástima.

PEREZ.

Pretendo un hábito; el Rey
la súplica apoya; pasa
á informacion, y el capítulo
de caballeros declara
que soy hijo de ilegítima
union y...

VAZQUEZ.

Legitimada
por Real cédula de Carlos
quinto.

PEREZ.

¡Leisteis la sátira
de Argensola?

VAZQUEZ.

(Llevándose la mano al bolsillo por un movimiento involuntario y
conteniéndose despues.)

¡Aquí la tengo!
—Digo... Ya no me acordaba
de que la rompí indignado
al leerla: ¡es infame! (Con calor.)

PEREZ.

(Desdeñosamente.) Y mala.

VAZQUEZ.

¿Qué tiene que ver el hábito
con que seais infiel hasta
para la Princesa? Aunque esto
sea cierto, si se repara
bien, vos sois infiel con ella
por ser fiel con el monarca
de cuando en cuando. (Perez se rie.)
—Yo encuentro
que es más acreedora á amargas
censuras vuestra conducta
con la pobre Doña Juana.
No os comprendo. ¡Una mujer
tan hermosa!... ¡tan honrada!...

PEREZ.

¡Es *mia*! ¿Comprendeis todo
el horror de esta palabra?

VAZQUEZ.

(¡Ay!...)—No.

PEREZ.

¡Y *una*! Y las mujeres
son la mejor cosa que halla
el hombre en la tierra; pero...
la mujer es la más mala.

VAZQUEZ.

Por eso, aún buena, ofendida
puede tomar represalias...

PEREZ.

¿Qué quereis decir con eso?

¿Vos sabeis algo? ¿Se trama
algo en contra de mi honor?

(Muy agitado y llenándose la boca con la palabra «honor.»)

VAZQUEZ.

Sí. (Despues de mirarle.)

PEREZ.

¡Su nombre! ¡Sin tardanza!

VAZQUEZ.

Mateo Vazquez. (Con frialdad.)

PEREZ.

¿Vos?

VAZQUEZ.

Sí:

yo.

PEREZ.

La broma... (Enojado.)

VAZQUEZ.

(Riendo.)

¿Qué os extraña?

PEREZ.

No es de muy buen gusto!

VAZQUEZ.

¿A broma

lo tomáis? ¿Imaginábais
que yo acepté resignado,
gustoso, mi secundaria
posicion, cuando la suerte,
no el mérito, os encumbraba
al poder y os concedia
la mano de la adorada
mujer que solo exaltó
mi pasion al humillarla?

(Uniendo la socarronería á un acento exagerado que le permite decir sin
peligro en más de un momento lo que está sintiendo realmente. Perez le
oye primero con sorpresa y luego riendo á carcajadas.)

¡Cuán niño sois!... Ví imposible
combatiros cara á cara,
y os dí un abrazo y deduje
mi conducta de él.

PEREZ.

¿Se acaba

la comedia?

VAZQUEZ.

¡Cál!...—Y logré
inspiraros confianza;
y supe vuestros secretos;
y logré que Doña Juana
su aprecio me concediese...
Y hoy, al ver mi obra acabada
por completo, no me cabe
el gozo dentro del alma!
Adulando sus pasiones,
he encenagado en la infamia
al ministro; delatándole
al Rey...

(Perez se pone repentinamente sério. Vazquez varia de tono y dice po-
niéndole la mano sobre los hombros, muy despacio.)

Yo sé que me arrastra

al caer, pero... ¿la vida
vale más que la venganza?

PEREZ.

Callad ya. (Volviendo á reir.)

VAZQUEZ.

Haciendo á la esposa
revelacion de sus faltas,
pintándola lo que es
su marido, consolándola
en su pena...

PEREZ.

¿Y qué os detiene?
¿Por qué no poneis en planta
desde luego...

VAZQUEZ.

Os aseguro
que no lo sé. (Suenan la campanilla del Rey.)

PEREZ.

El Rey me llama.

VAZQUEZ.

Pues id...

PEREZ.

Voy...—Decidme... ¿Habeis
querido con esta farsa
bien fingida...

VAZQUEZ.

¿Bien fingida?

PEREZ.

Distraerme de lo que hablábais
ántes?... ¿Mi esposa...—Es posible
que algun majadero se haya
propuesto...

VAZQUEZ.

¡No!...

PEREZ.

En estos casos

uno es ciego.

VAZQUEZ.

Ciego...

(Suenan la campanilla otra vez, sacudida con más fuerza que la anterior.)

Os llaman. (Perez se va por la derecha.)

ESCENA II.

VAZQUEZ.

¡He aquí el privado!...—¿Privado
de qué?... ¡Rey del Rey!... Señor
absoluto del Estado...
¿á quien me ha subordinado
el mundo como inferior!
Nuevo Felipe segundo
te llaman... Y lo eres, sí!
Mas no ves desde el profundo
abismo en que yo te hundo,
tu Antonio Perez en mí.
¡Peregrino ingenio! ¡Rara
malicia con que te escudas

airosol!... Muéstrate clara
la verdad, y dudas... dudas
¡porque la arrojo á tu cara!
Tu discípulo en el arte
de engañar con la verdad
(gran máxima que reparte
su luz por mi oscuridad),
¡te honrará con deshonrarte!
Nada. Herida por herida.
Mi corazon no perdona
el daño, ni el bien olvida...
Quiere el puesto que ambiciona
y la mujer que es su vida!
¡Triste amor! ¡Fatal estrella!...
Juana... Siguiendo su huella,
á la infamia me condeno...
¡Y un tiempo yo fui por ella
hasta capaz de ser bueno!
—Y hoy... al medir con reposo
mi maldad injusta... ó justa,
de mi corazon odioso
me asusto... como se asusta
de sus llagas el leproso!
¡Oh! ¡basta de sufrir ya!
Ya van diez años.... ¡ya va
más de un siglo que en el pecho
sepulto mi odio... ¡y sospecho
que envenenándome está!
Y temo morir... ¿Qué estoy
diciendo?... ¿Eso temo?... ¡y soy
á la venganza cobardel...
Mañana puede ser tarde...
¡Pues bien! ¿Qué importa? ¡Hoy es hoy!
Hoy doy la batalla: inerme
está mi rival, dormido
sobre el laurel adquirido...
¡Duerme, buen Antonio, duerme;
yo de despertarte cuido!
El ciegamente confía
en mí...—A lo que yo presumo,
la confianza no debía
ser ciega nunca... A lo sumo,
tuerta.—¡Esta máxima es mía!

ESCENA III.

VAZQUEZ: EL REY y PEREZ por la derecha.

PEREZ.

Pero... ¿Y el despacho?

REY.

Aquí;
mi cuarto se halla muy cerca
de la cámara real,
y á mi esposa le molesta
hoy el ruido.

VAZQUEZ.

Señor,

¿cómo está la augusta enferma?

REY.

Está mejor. —¿Descifrasteis el pliego que de Inglaterra nos envían?

VAZQUEZ.

La mitad.

REY.

Pues no quiero nada á medias, ya lo sabeis.

VAZQUEZ.

(¡Y él delante! (Por Perez.)

¡A necesitar la ofensa se la agradeciera al Rey!

CÁRLOS COELLO.

(La continuacion en el próximo número.)

LOS RETRATOS DE JESUCRISTO. (1)

El 8 de Diciembre de 1854, cuando fué promulgado el dogma de la Inmaculada Concepcion, Pio IX permitió exponer las reliquias de la pasion de Cristo en la capilla del Santo Sacramento. En el centro y sobre el altar, en medio de cirios encendidos, veíase el velo de la santa Verónica con la impresion de las sagradas facciones del Salvador. A un lado estaba la lanza de Longino y al otro un fragmento de la verdadera cruz. Sólo los obispos podian entrar en la capilla, cerrada por una verja, haciéndose única excepcion á favor de Mr. Barbier de Montault, canónigo de la basílica de Anagni, que pudo así manifestar al público el resultado de sus observaciones sobre el milagroso retrato:

«La Santa Faz está rodeada de un marco de plata, dorado en parte, de severo estilo y con pocos adornos. La sencillez de este cuadro hace resaltar la pintura cubierta con un delgado cristal. Desgraciadamente, por una de esas costumbres tan comunes en Italia, cubre el fondo del retrato

una plancha de metal, no dejando ver más que el contorno del rostro. El aspecto de este contorno permite suponer una cabellera que cae sobre los hombros, y una barba corta y partida. Las demas facciones son tan vagas y están borradas tan completamente, que casi es preciso adivinar las líneas de la nariz y de los ojos.

»En la sacristía de San Pedro venden á los extranjeros facsímiles de esta imagen. Están impresos en tela, por medio de una plancha, que debe contar más de cien años de fecha, y les acompaña el sello y la firma de un canónigo. Este sello y esta firma me parecen indicar solamente que la copia ha tocado al original, y por tanto se ha convertido en objeto de devocion; pero no prueban que esta copia, sin valor alguno iconográfico, se parezca al original, siendo sólo un piadoso recuerdo que llevan consigo los fieles.»

Un jesuita francés del siglo XVIII ha contado la leyenda de este retrato:

«Verónica estaba en su casa cuando oyó el tumulto y los gritos de una multitud agrupada alrededor de los soldados que conducian á Jesucristo al Calvario. Se levantó apresuradamente, asomó la cabeza por la puerta, miró al través de la multitud y vió á su Redentor. Un rayo divino encendió en ella la luz de la fe y reconoció al hijo de Dios. Trasportada, fuera de sí, cogió su velo y salió á la calle, sin que la intimidaran los insultos y los golpes de la soldadesca que la rechazaba. Llegó á presencia del Salvador, cuya faz bañaba el sudor y la sangre, y la enjugó con su velo doblado en tres pliegues. ¡En verdad que eres digna, valerosa mujer de gloria inmortal en el tiempo y en la eternidad! El Salvador te ha concedido el don más precioso que jamás hizo á criatura alguna en este mundo; su retrato impreso en los tres pliegues de tu velo. Desdobla este velo, mujer, ante todos los pueblos del mundo, y haz ver las facciones de un Dios que ha querido morir por nuestros pecados (1).»

El velo de Santa Verónica llegó á Roma en una caja que se conservó en la iglesia de Santa María de los Mártires, más conocida con el nombre de «Panteon.» Desde allí fué trasladado á San Pedro, donde Urbano VIII lo colocó en una de las capillas, sobre los cuatro grandes pilares que sostienen la cúpula de Miguel Angel. Confióse su guarda á los canónigos de San Pedro, que son los únicos que pueden penetrar en el santuario. Diez veces por año se le expone á la presencia del Papa, de los cardenales y de los fieles, que se arrodillan sobre las baldosas de la nave. En el zócalo de una estatua en mármol de Santa Verónica

(1) 1.º *Christus Archæologie: Studien über Jesus-Christus und sein wahres Blutbild*, von Doctor Legis Glückselig. Praga, 1863.

2.º *Die Sage vom Ursprung der Christusbilder*, von W. Grimm. Berlin, 1844.

3.º *Recherches sur la personne de Jesus-Christ*, par G. Peignot. Dijon, 1829.

4.º *Recherches edifiantes et curieuses sur la personne de Notre-Seigneur Jesus-Christ*, par l'abbé Pascal. Paris, 1840.

5.º *Histoire de la face de Notre-Seigneur Jesus-Christ, expose dans l'église de Montreuil-les-Dames de Laon*, Laon, 1723.

6.º *De Imaginibus non manu factis Jesus-Christi*, 1734.

7.º J. Reiskii, *Exercitationes historicæ de imaginibus Jesu-Christi*. Ienæ, 1684.

8.º T. Heapy, *Examination into the Antiquity of the Sicknesses of our Blessed Lord*, 1861.

9.º *Croyances et Legendes de l'antiquité*, par Alfred Maury, Paris, 1863.

(1) A. Parvillers, *La Devotion des prédestinés*, Limoges, 1754.

nica, hay una inscripcion en forma de cruz, que da á conocer las virtudes de la reliquia, y refiere su traslacion por orden del Papa Urbano. La fiesta particular de Verónica con su oficio se introdujo en el misal ambrosiano, impreso en 1550 ó 1560; pero fué suprimida por San Carlos Borromeo, que no consideró artículo de fé, ni la leyenda del Santo Velo, ni la que supone que el mismo Jesucristo envió su retrato con una carta á Abgar, príncipe de Edessa. Abgar Vehamo, ó el Negro, era contemporáneo de Augusto y de Tiberio, y fué el catorce rey de Edessa, de la dinastía de los Arsacidas. El nombre de Abgar (en armenio *Awghair*) significaba «alto» ó «poderoso», y era uno de los títulos de los reyes de Edessa. El último, Abgar Bar-Muanu, que era cristiano, reinaba en el año 200 á 216 de nuestra era. Julio Africano, historiador del siglo III, del cual sólo nos quedan fragmentos, menciona el hecho referido por Eusebio (ob. 340.)

«Abgar, que reinaba con gran gloria sobre las naciones del lado de allá del Eufrates, y á quien consumia una enfermedad que ningun remedio humano podia curar, habiendo oido citar el nombre de Jesus y sus milagros, atestiguados unánimemente, pidióle, por medio de una carta, que le curase. Jesus le contestó que le enviaria uno de sus discípulos, quien al mismo tiempo le llevaria, con su retrato, la salud del cuerpo y la del alma; pero sólo despues de la resurreccion fué cuando Tadeo, uno de los setenta discípulos, llegó á Edessa en calidad de evangelista, y por medio de él todas las promesas del Salvador fueron cumplidas.»

La contestacion de Jesucristo á Abgar fué declarada apócrifa por el concilio de Roma, 494. Evagrius (ob. 594) es el primero que hace mencion del retrato. En el año de 540, Edessa estaba sitiada por Chosroes. Este príncipe, despues de muchos asaltos inútiles, mandó construir, para dominar los muros, un tinglado con madera y yerba.

«Viendo los sitiados que se acercaba esta eminencia á la muralla como montaña viva, tuvieron la idea de abrir una mina subterránea y poner en ella fuego. La madera resistió á la llama, y los sitiados llevaron entónces la milagrosa imagen enviada á Abgar por Nuestro Señor Jesucristo. El contacto de la imagen avivó el incendio que se comunicó á las capas superiores, y al ver las llamas, los persas levantaron el sitio.»

Evagrius cita la narracion del sitio por Procopio, pero este escritor no habla de la imagen milagrosa que Evagrius llamaba *εἰκὼν θεότευκτος*.

San Juan de Damasco nos da otra version de la leyenda de Abgar. Deseando ver y oir á Jesucristo,

el rey Edessa le envió un mensaje para rogarle que visitara su reino. En el caso de que no pudiera ó no quisiera ir, el rey habia encargado al mensajero que pidiera al Mesías su retrato. Para acceder á esta curiosidad piadosa, Cristo tomó un paño de lino, lo desdobló delante de su rostro, y con sólo este acto, transmitió á él la fiel expresion de su semblante.

En una tercera variante, Abgar no envia á Cristo un mensajero, sino un pintor para hacer su retrato. El artista procura en vano ejecutar las órdenes de su señor, porque el brillo deslumbrador del rostro del Salvador le perturba y confunde, pero Nuestro Señor, compadecido de él y de su amo, pone su manto sobre su rostro y queda éste impreso en aquel, llevándolo el pintor al rey. Esta es la imagen que Leon, lector de la Iglesia de Constantinopla, aseguraba ante los padres del concilio de Nicea haber visto en la ciudad de Edessa. Tadeo vivia en casa de un judío llamado Tobias, y habiendo sabido Abgar que hacia milagros, le envió á buscar. Tadeo elevó la imagen santa por encima de su cabeza, y en el mismo instante brilló una luz, cuyo resplandor no pudo soportar Abgar; olvidando su enfermedad, bajó del lecho, cogió el paño, cubrióse con él la cabeza é inmediatamente quedó curado.

El historiador árabe, El Matzin, nos dice cómo llegó á manos del emperador de Constantinopla este retrato legendario. Refiere que en el año 331 de la egira, es decir, 953 de la era cristiana (se equivoca, por consiguiente, en la fecha), los romanos (es decir, los griegos) sitiaban la ciudad de Edessa, que entónces estaba en poder de los sarracenos. Por cange de los prisioneros que habian hecho, pidieron que se les remitiera el Santo retrato con las cartas del Salvador y de Abgar. Estas preciosas reliquias fueron llevadas á Byzancio y colocadas sobre un altar en la Iglesia de Santa Sofía. No sabemos lo que fué de este cuadro cuando Constantinopla cayó en manos de los musulmanes; pero es cierto que hácia esta época, ó al ménos poco tiempo despues, encontrábanse en Italia copias, si no el mismo original.

Los venecianos pretendian haberla llevado á Roma, regalándola á la iglesia de San Silvestre. El hecho es que existen muchas copias con esta inscripcion.

«Imagen de nuestro Salvador Jesucristo, copiada de la que envió al rey Abgar, y que se conserva en Roma en el monasterio de San Silvestre.»

Johanes Horatius Scoglius, historiador eclesiástico (año de 1840), asegura que el retrato de San Silvestre es el original dado á Abgar y llevado desde Constantinopla á Roma; pero no se

encuentra ningun historiador contemporáneo digno de fe para apoyar este aserto, y ahora es difícil decir á quién se parece este retrato.

«No veo la razon, escribe el canónigo Montault, por qué Roma persiste en ser la ciudad de los misterios. Hay allí reliquias, como ésta, que en nombre del arte y de la piedad se debe desear conocer, y que por desgracia no pueden verse, ó sólo se ven imperfectamente. Debía exponérselas á la luz del dia, y ocultarlas por temor á la incredulidad burlona, ó á la ignorancia escéptica. Si estas reliquias son auténticas, la verdad se abrirá paso. Con toda el alma deseo que se las discuta seria y concienzudamente. La piedad puede creer sin ver, pero la razon necesita ver para creer.»

Los genoveses por su parte pretenden poseer el retrato sagrado, que dicen llevó á su ciudad en 1384 Leonardo de Montalto, quien lo regaló á la iglesia armenia de San Bartolomé, donde está expuesto una vez por año. M. Heapy ha publicado un grabado en madera de este retrato.

La historia del retrato de Abgar pertenece á la Iglesia de Oriente, y es la más antigua. La del velo de Verónica corresponde á la Iglesia de Occidente.

En la época de las Cruzadas, cuando los occidentales se pusieron en contacto con el imperio bizantino, el retrato sagrado que se conservaba en santa Sofía debió naturalmente llamar su atencion y despertar esa pasion á las reliquias, propia de la Edad Media. El deseo de poseer el verdadero retrato del Salvador engendró la creencia de que tenían uno.

Para explicar el origen de la leyenda de santa Verónica, Mabillon opina que todos los retratos primitivos de Cristo eran llamados en jerga bárbara, mezcla del griego y latin, *Vera icon* «Verdadera imágen,» ó acaso, retrato del Dios verdadero.

Segun él, el nombre dado á la imágen se transfirió á la persona que se suponía la trajo á Occidente. Esta explicacion ha sido generalmente aceptada.

El nombre de Verónica, dice Baillet (1), significa la verdadera imágen (*Vera icon*) del Salvador, pintada en un pedazo de tela llamado *Santo Sudario*, porque ordinariamente no se representaba en él sino la parte anterior de la cabeza del Salvador, es decir, el rostro y los cabellos.

Esto era cuanto se pretendia tener en Roma, y podia verse en el siglo xii en la Iglesia de San Pedro una de estas «Verónicas», ante la cual habia lámparas encendidas durante el dia y la noche. Continuó llamándose «Vera icon» hasta fines

del siglo xvi, y se estableció un comercio que consistia en vender ante la iglesia del Vaticano las imágenes santas, copiadas del Santo Sudario; á los vendedores de estas reliquias se les llamaba ordinariamente «comerciantes de verónicas.»

Esta explicacion sencilla é inteligible no da cuenta de todos los detalles de la leyenda. M. Maury ha propuesto otra. Los gnósticos daban el nombre de «Prounikos» ó «Prounike» á la sabiduría divina que veian en la mujer del Evangelio, quien, como símbolo, habia tenido durante doce años una pérdida de sangre. San Epifanio nos dice el origen de este singular nombre, asegurando que ciertos heréticos adoraban á una llamada Prunice para poder disimular su herejía, bajo una alegoría engañosa. El santo añade: la palabra «Prunice» es una expresion profana, porque el epíteto *προυνικισμοῦ* implica siempre idea de vida licenciosa.

Al parecer, esta palabra no ha sido bien comprendida. En el «Evangelio de Nicomedes», que pertenece al quinto siglo, encontramos la mujer de los flujos de sangre, con un nombre tan parecido al que le daban los gnósticos, que no podemos dudar lo tomara de ellos. Llamásele Beronice ó Berenice.

El autor sabia probablemente que se llamaba Prunice; pero á este nombre, poco familiar, substituyó otro que él conocia mejor, y pronto llegó á tener este personaje legendario una genealogia. Se la identificó con Berenice, hija de Salomé, hermana de Herodes. Eusebio refiere que la mujer curada por haber tocado la túnica de Cristo no fué ingrata despues de su curacion, sino que mandó construir un grupo en bronce, representando al Salvador y á ella misma, arrodillada á sus piés, con las manos extendidas. Al pié de la estatua crecia una planta extraordinaria que llegaba hasta el bordado del *pallium*, y que adquirió la maravillosa virtud de curar toda clase de enfermedades. Eusebio declara haber visto esta estatua aún de pié. Photius ha conservado una cita de Asterius, obispo de Amasea, que vivia á principios del siglo quinto, y que dice que este monumento del reconocimiento de una mujer permaneció intacto durante largos años. Irritado Maximino por el culto que los fieles tributaban á esta estatua hizo que la quitasen, pero no fué destruida.

En la época de Constantino se la reinstaló en el recinto de una iglesia; pero Juliano, el apóstata, la mandó hacer pedazos y colocar sobre el pedestal su propia estatua. Despues de la anécdota contada por Eusebio, es evidente que la mujer del flujo de sangre estaba asociada en la imaginacion popular al retrato de Jesucristo; además,

(1) *Les vies des saints*, tomo ix, pág. 22.

se suponía que esta mujer se llamaba «Beronice.» Un cierto Methodius inventó la historia de una mujer joven llamada «Verónica», venida á Roma para curar la lepra al emperador Tiberio. Marianus Scotus (muerto en 1086) copió esta historia, y Santiago Felipe de Bérghamo, el continuador de su crónica, la adornó con nuevos detalles. Esta leyenda no es muy antigua, ó ha sido suprimida en el antiguo breviario de San Pedro del Vaticano, que ni siquiera nombra á Santa Verónica. He aquí la historia de Marianus Scotus, tal y como ha sido retocada por los copistas:

«El emperador Tiberio sufría de la lepra. Habiendo oído hablar de los milagros de Nuestro Señor, le envió á buscar á Jerusalem; pero Cristo había sido ya crucificado, resucitando y subiendo al cielo. Los mensajeros de Tiberio supieron, sin embargo, que una llamada *Verónica* poseía un retrato de Jesucristo, impreso por el Salvador mismo en un lienzo, y que lo conservaba con respeto. Decidieron á Verónica á que les acompañase á Roma, y á la vista de la Santa Imagen el emperador recobró la salud. Pilatos fué entonces condenado á muerte por haber hecho condenar injustamente á Nuestro Señor.»

En un poema latino del siglo XII encontramos á Tito y Vespasiano que, estando ambos enfermos, desearon ver á Cristo; pero una mujer, á quien no se nombra, dirigió estas palabras á los mensajeros de ambos emperadores:

«En vano buscareis al médico celestial; Pilatos lo ha crucificado. Tres días después resucitó y subió al cielo. Ha dejado á sus discípulos el poder de curar los enfermos. Yo le he amado con todo mi corazón, y le rogué que me dejara un recuerdo de él, porque con frecuencia anunciaba á sus discípulos que moriría crucificado y que subiría al cielo para sentarse á la diestra de su Padre. Cristo tomó su pañuelo y lo apretó contra su rostro, y admirada vi su retrato en él impreso, con su barba negra y sus brillantes ojos. «Os creo digna de este recuerdo, dijo: guardadle con respeto, porque curará toda clase de enfermedades.»

Por el contacto de este retrato milagroso ambos Césares fueron curados.

Segun Santiago de Voragine (en 1298), el mensajero enviado por Tiberio á Jerusalem se llamaba Volusianus. Verónica empleó un artista para hacer el retrato de Nuestro Señor; pero Nuestro Señor, por compasión hacía ella, tomó un lienzo é imprimió en él su retrato.

Esta version es evidentemente idéntica á la de la leyenda oriental de Abgar, que, contada por San Juan de Damasco á Constantino Porphyrogeneta, llegó á ser en la Edad Media el relato siguiente:

«El emperador Vespasiano padecía un cáncer, y sus médicos desesperaban salvarle. Oyendo hablar de los milagros de Jesucristo, envió un mensajero á Judea con orden de traerlo á Roma; pero Cristo había subido al cielo. En esta época vivía en Galilea una mujer llamada Verónica, que durante largo tiempo sufrió un flujo de sangre. Cristo la curó. En reconocimiento ella enjugó la santa faz con un velo cuando era conducido al Calvario, y su retrato quedó en él impreso.»

Segun otra version, María enjugó la faz de Cristo cuando estaba en la cruz, y dió el lienzo impreso con la imagen del Redentor á Verónica. Provista de este milagroso retrato, Verónica fué á Roma, donde encontró á San Clemente, que la acompañó al palacio del emperador.

El resto de la historia se encuentra en la curiosa obra francesa *La vida de Jesucristo*, impresa y reimpressa en los siglos XV y XVI. Veamos:

«Y al día siguiente, á la hora de tercia, todos los varones fueron reunidos, y el emperador hizo venir á Guy. Entonces, y siguiéndole, llegó Verónica, que traía la «toalla» en su mano derecha, y la puso en manos de San Clemente. Cuando llegaron delante del emperador, Verónica le saludó, y le dijo:

«Señor, ¿quereis oír á este hombre honrado, que es uno de los discípulos de Nuestro Señor Jesucristo, y después del sermón, si quiere Dios, ¿quedareis curado?»

«Entonces el emperador mandó á todas sus gentes escuchar con atención, y después de haber predicado sobre la encarnación de Jesucristo, su nacimiento, su pasión y su resurrección, se puso á rogar con Verónica para que Jesucristo quisiera verificar un milagro. Cuando acabaron sus peticiones desdoblaron delante del emperador el velo, en el cual estaba impresa la faz de Jesucristo, y le ordenaron adorarla, lo cual hizo, quedando inmediatamente tan curado como si jamás hubiera estado enfermo, y se puso á andar tan alegremente como cualquiera de los hombres de su comitiva.

Por esta causa, él y todo el pueblo que fué testigo tuvieron grande alegría, y dieron gracias á Nuestro Salvador y Redentor Jesucristo, como San Clemente lo había ordenado.»

Podemos explicar la introducción de San Clemente en esta leyenda por otra confusión de personas. En los *Reconocimientos de San Pedro*, obra apócrifa, figura una mujer llamada Berenice, hija de Justa la Cananea, que recibe en su casa á Clemente Nicetas y Aguila, viniendo de Cesarea. Berenice le cuenta los milagros verificados por Simon el Mago. Berenice ó Bernice es el mismo nombre de Verónica, convertida la B griega en la letra latina V, como en el alfabeto cirílico de

Rusia, aún en nuestros días, la letra B tiene sonido de V.

Veamos ahora, en compendio, los desarrollos graduales de la leyenda:

1.º Prunicos ó Prunice era el nombre de una mujer que padecía flujos de sangre.

2.º Esta mujer, según Eusebio, hizo un retrato de Jesucristo dotado de virtudes curativas.

3.º En el siglo vi la mujer del flujo de sangre era comunmente llamada Bernice, transformación de la palabra Prunice.

4.º Se cuenta que una mujer llamada Bernice recibió en su casa en Tyro á San Clemente.

5.º En el siglo xi los occidentales tuvieron conocimiento del retrato sagrado conservado en Byzancio, por las visitas de las cruzadas y los escritos de San Juan Damasceno.

6.º Constantino Porphirogeneta cuenta una doble historia respecto al retrato de Abgar. Una es la verdadera historia oriental, y la otra se parece á la leyenda occidental, en vía de formación.

7.º El nombre de la mujer Bernice, latinizado, se ha convertido en *Verónica*.

8.º Los occidentales del siglo xii aplicaron á Verónica la historia del retrato de Abgar, engañados por una falsa etimología de su nombre. En vez de Abgar pusieron Vespasiano. Ananías fué reemplazado por Verónica, y San Clemente tomó el puesto de San Tadeo.

No dudamos que hubiese retratos de Cristo, ordinariamente llamados *vera icon*, ántes de que esta leyenda se popularizase; pero creemos que no fueron atribuidos á la mujer que padecía el flujo de sangre sino cuando corrió de boca en boca la leyenda oriental de la curación de Abgar por medio del maravilloso retrato. Entonces y de pronto, gracias al error producido por el hombre y por una vaga reminiscencia de la historia de Eusebio, el mito se tradujo en nueva forma.

En las relaciones posteriores el velo aparece con muchos pliegues para explicar el número de «Verónicas» que existen: una en Roma, otra en Jaén (Andalucía), la tercera en Montreuil-les-Dames, cerca de Laon, la cuarta en Colonia, la quinta en Milán, sin contar los dos retratos de Abgar, en la iglesia de San Silvestre, de Roma, y en la de San Bartolomé, en Génova.

Mencionaremos brevemente algunos otros retratos de Cristo que la devoción romana eleva al rango de reliquias más ó menos auténticas, y entre ellas la que se dice conservada en la basílica de San Juan de Latrán. Gregorio IX en 1234 hizo poner al pie de este retrato la siguiente inscripción: HOC IN SACELLO SALVATORIS NOSTRI EFFIGIES A B. LUCA DEPICTA VENERATIONE TAM DEBITA QUAM DEVOTE CUSTODITUR.

Santiago de Voragine no habla en su *Leyenda dorada* del retrato hecho por San Lucas; pero se cree que este evangelista fué pintor de profesión; y en 1340 encontramos una cofradía de artistas, fundada bajo su invocación, en Italia y Alemania. Niceforo, hijo de Calixto, en su *Historia eclesiástica*, asegura atrevidamente, como cosa cierta, que San Lucas hizo los retratos de Nuestro Señor, de la Virgen María y de los apóstoles. Guillermo el Rojo tenía la costumbre de jurar «por una santa faz que hizo San Lucas» (*per sanctum vultum de Luca*). Este retrato, que poseen los benedictinos de Vallombreuse, es un cuadro antiquísimo, pintado en una tabla de madera de ciprés. Las facciones son muy acentuadas, la cara larga, los ojos grandes y brillantes, con los párpados bajos, y las cejas arqueadas.

Otro retrato es el que dió San Pedro al senador Pudens, que está expuesto el día de Pascua en el monasterio de Santa Práxedes. Según la leyenda, San Pedro lo pintó ó imprimió por sí mismo para las hijas del senador Pudens, un día durante la comida, sobre la servilleta de Santa Práxedes. Este retrato es de una época anterior á Constantino, é Inocencio III le hizo colocar en una caja de plata.

Se recordará que, cuando Cristo fué colocado en el sepulcro, su cuerpo iba envuelto en una tela fina, habiéndole puesto sobre la cara un paño de lino. Preténdese que esta tela y este paño han sido conservados en Besançon y en Turín. La tela de Turín muestra el contorno manchado con la sangre del cuerpo del Salvador. La de Besançon tiene las manchas de los perfumes. Las facciones impresas en el paño recuerdan el tipo bizantino. Dom Chifflet escribió sobre estas reliquias una obra rara y curiosa en el siglo xvii. He aquí su descripción: «Cæsaries prolixior, non admodum densa, leniter ad crispas declinans et juxta morem Nazaræorum in vertice discriminata; barba mediocriter promissa et in medio bifurcata, frons plana et serena; nasus leni et modico tractu diffusus; recta brachia et crura.—Omnia demum quæ speciosum formâ præ filiis hominum deceant.»

Según una leyenda de la Edad Media, Nicomedes era escultor, é hizo para Gamaliel un crucifijo, que se perdió después de la destrucción de Jerusalén; pero en la iglesia de Santiago se enseña otro crucifijo hecho por el mismo artista.

Existe otro retrato llamado *Nazaræum*, que es antiquísimo, y probablemente más antiguo que la copia del famoso cuadro de Edessa. Encuéntrase en el convento latino de Nazareth, sobre la *Mensa Christi*.

Este cuadro está grabado en los *Viajes* de Abra-

ham Norow á Palestina (1). El retrato de Génova, que se pretende sea original, es probablemente una copia antiquísima, que representa al Salvador con la barba partida en tres, y el rostro ovalado, según el tipo bizantino. Otro retrato de Abgar, muy bello, pero más moderno, está en la colección del príncipe Alberto, que ahora forma parte de la galería nacional de Londres.

Tales son las principales imágenes del Salvador que pretenden cierta autenticidad. Aunque no se la concedamos, reconocemos en ellas grandísima antigüedad. Todas son de origen oriental ó de tipo bizantino. Pero no son estas las únicas representaciones de la cara de Cristo que han llegado hasta nosotros. Hay otras muchas, en las catacumbas, esculpidas en los sarcófagos, y otras en esmalte, en vidrio, al fresco ó en mosaico.

II.

Los sarcófagos de origen cristiano son de mármol blanco, ricamente adornados de bajos-relieves, y, á excepcion de los asuntos representados, no difieren en lo esencial de los paganos; uno de los más antiguos de estos sarcófagos es el de Junius Bassus, que murió en el año 359. Cristo está en él representado cuatro veces, joven, casi niño, con los cabellos largos, é imberbe. Esta figura es conforme al tipo clásico ordinario. A juzgar por la mezcla de símbolos paganos y cristianos en estos monumentos, debe creerse que los artistas no eran cristianos, sino que ejecutaban figuras y grupos por encargo, sin comprender la significación de los asuntos en que trabajaban. Si esta suposición es exacta, explicaría el hecho de que el Cristo-tipo de los sarcófagos no difiera de los modelos clásicos admitidos. Un tipo parecido se ve también en algunos de los vasos de vidrio con adornos que se han descubierto en las catacumbas. Un bellissimo vaso incrustado en el mortero de la tumba de Eutychia «la más feliz de las mujeres» presenta un retrato esmaltado de Nuestro Señor resucitando á Lázaro, joven, con los cabellos en bucles, y sin barba; pero en otra escultura de la misma tumba, Cristo lleva el fruto del árbol de la vida; tiene barba, cabellera larga y partida en dos, y nariz recta.

Pocos son los retratos de las catacumbas que corresponden al siglo II. Representan á Cristo bajo emblemas ó símbolos; lo más frecuente como el buen pastor, ó como oveja rodeada de corderillos, á veces como Jonás, arrojado á la ribera por la ballena, ó como Noé en su arca, ó como Orfeo encantando á las fieras con los mágicos sonidos de su lira. En ninguna de estas pinturas se encuen-

tra un tipo característico en cuanto á las facciones, como sucede en los retratos históricos. Sin embargo, algunas de estas imágenes no son simbólicas, y los rasgos tradicionales se reproducen en ellas.

En el techo de la cuarta sala de la catacumba de San Calixto, hay un gran medallón rodeado de dibujos simétricos de palomas y de arabescos. Este medallón contiene un busto, en el cual es fácil reconocer al Salvador. El busto está en parte desnudo, pero le han puesto unos paños sobre el hombro izquierdo. La cara es ovalada, alta la frente, arqueadas las cejas, la nariz recta, la expresión grave y dulce. La cabellera, partida en dos, cae en bucles hasta los hombros; la barba es corta y partida. Este retrato representa un hombre de treinta á cuarenta años.

En la catacumba de los Santos Nereo y Aquiles se ve también un retrato en pie del Salvador, según el tipo convencional, con cabellera partida, barba y bigote. En la de Santa Inés hay un notable retrato desnudo y desfigurado de Nuestro Señor que le representa como «La Resurrección y la Vida» con frente despejada, la cara más bien larga que ovalada, el labio inferior grueso, bigote, escasa barba y puntiaguda, y los ojos borrados.

En el cementerio de Prætextati hay un fresco más moderno, que representa á Jesucristo enseñando, como un filósofo, con «el nimbo, el alfa y el omega» tiene todos los rasgos del tipo convencional, menos la barba partida en dos. Se puede ver en el museo de San Juan de Latrán una buena copia de esta pintura. El Vaticano contiene otra bella cabeza de Cristo, que procede de las catacumbas. Cristo está representado entre Judas y San Juan durante la cena, en el momento de empezar á hablar. Mr. Heapy dice que este retrato es del siglo II, pero evidentemente es más moderno.

La bella cabeza de Cristo del cementerio de San Ponciano, con el nimbo cruciforme, adornado de joyas, hay que atribuirle al siglo VII. Está completamente conforme con la famosa descripción del Salvador dada por Lentulus, y que citaremos más adelante. Preciso es asignar casi la misma fecha al busto de tamaño natural con un nimbo que se encuentra en la tumba de Santa Cecilia, y que se cree ser obra del cuarto siglo.

Después de los retratos de Cristo al fresco, vienen las representaciones en mosaico en las antiguas basílicas y en las iglesias de Italia. Las más antiguas están en Santa María la Mayor en Roma (425-430); en la basílica de San Juan en Rávena (430-440); en la bóveda de San Pablo en Roma (440); en los fragmentos de los bautisterios de San Juan de Latrán (462); en San Apolinar de Rávena (antes de 526); en la iglesia de los Santos

(1) *Putecestvie po sante zemle*. San Petersburgo, vol. 11, pág. 90.

Cosme y Damian en Roma (526-530); en Santa María la Mayor de Rávena (después de 526); en San Vital de Rávena (534-547); en Santa Sofía de Constantinopla (558-563). En los mosaicos de estas iglesias la figura de Nuestro Señor se parece mucho al tipo bizantino. La bóveda de San Pablo, extramuros en Roma, salvada de las llamas en 1823, representa los veinticuatro ancianos ofreciendo sus coronas. En la cúpula y en el ábside está el Salvador glorificado con los fundadores de la iglesia en adoración ante él á cada lado. Rodea á Cristo un doble nimbo de 15 pies de diámetro, compuesto de rayos. Su mano derecha está elevada para bendecir, y en la izquierda tiene un cetro. No está, como en San Calixto, medio desnudo, sino vestido hasta el cuello. La figura es tranquila y seria, la cabellera muy larga, los ojos grandes y brillantes. Más bella aún, como obra de arte, es la cabeza de la Iglesia de San Cosme y San Damian en el Foro, que puede considerarse como una de las pinturas más maravillosas de la Edad Media, por la majestad, el aspecto imponente de la fisonomía y la dignidad de la actitud.

Hablemos ahora de los retratos «escritos» de Nuestro Señor que han llegado hasta nosotros. San Jerónimo (muerto en 420) dice que en el semblante y en los ojos de Cristo había algo celestial, de tal manera que la Divinidad oculta irradiaba al través de él su gloria y su majestad. Orígenes (muerto en 253) expresaba la singular opinión de que Cristo no tenía exterior permanente, sino que se manifestaba á cada persona según la idea que tenía de la belleza humana. Photius (muerto en 892) hace notar la diferencia que presentan los retratos de Cristo hechos por los romanos, los indios, los griegos y los etíopes. Cada nación imagina que Cristo tenía los rasgos característicos de su tipo, Teophanes, que vivía en la misma época de Photius, dice que algunos historiadores representan á Cristo con una cabellera fina y en forma de bucles. San Juan Damasceno (muerto hacia el año 760) en una carta al emperador Teófilo entra en más amplios detalles. Dice que Cristo tenía estatura elevada é imponente, uniéndose las cejas por encima de la nariz, bellos ojos, nariz grande (ἐπὶ ῥῖνον), la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, la barba negra, la cabellera de un moreno dorado como el trigo (σιτόχρους), parecida á la de su madre. Un documento de la misma fecha, que no es de San Juan Damasceno, aunque se le atribuye, describe á Jesucristo casi en iguales términos.

Otra descripción más precisa de la persona de Cristo, y que en el orden cronológico viene después del anterior, es la contenida en la carta apócrifa de Lentulus, que se supone estaba á las ór-

denes de Pilatos. Esta carta tiene la dirección al Senado romano, y se pretende haber sido extractada de los *Anales romanos*, escritos por un tal Butripius; pero todo indica que es obra de un monje de la Edad Media. Aparece por primera vez en los escritos de San Anselmo de Cantorbery (muerto en 1107) y se dice en ella de Cristo lo siguiente:

«Es un hombre de elevada estatura, agradable y de venerable aspecto, inspirando á cuantos le ven amor ó miedo. Su cabellera es ondulosa y rizada, baja hasta los hombros y se parte por mitad de la cabeza á la manera de los Nazarenos; la frente es lisa y serena; el semblante no tiene arrugas ni defecto alguno, y lo embellece dulce rubor. No hay defecto alguno en su nariz ni en su boca. Jesús lleva la barba entera, de color rubio como los cabellos, no larga, pero partida. Sus ojos son brillantes y vivos.»

Otra versión de esta carta añade que «la cabellera de Cristo era de color de avellana, y sus ojos de gris azulado y llenos de luz.» «Tiene los brazos y las manos muy bellos. Es terrible cuando censura, pero dulce y lleno de ternura cuando enseña; alegre, pero sin perder nunca la gravedad. Nadie le ha visto reír; pero con frecuencia se le ve llorar. Claro y modesto en sus palabras, es en toda cosa perfecto y el más bello de los hijos de los hombres.»

El monje Epifanio (en 1190) pinta de un modo casi parecido el exterior de Cristo; pero el retrato más completo es el de Nicéforo Calixto Xanthopulus, que vivía en Constantinopla de 1325 á 1350, y escribió una historia eclesiástica en 23 libros, de los cuales se han perdido los cinco últimos. La descripción que este monje hace de Cristo está probablemente tomada del antiguo retrato del rey Abgar que había en Santa Sofía, completada con notas sacadas de los historiadores primitivos.

«Jesús, dice, tenía hermoso cuerpo; su estatura media siete largos de mano; sus cabellos eran de color rubio de oro y graciosamente rizados en la extremidad. Tenía las cejas negras, un poco arqueadas y sin solución de continuidad (καὶ οὐ πᾶν ἐπικαμπύλο). Los ojos de color de avellana, lo que se llama «ojos brillantes» (χαροπτοί), ni empañados, ni mal formados, ni espantados. La nariz era saliente, la barba rojiza, la cabellera abundante, porque ni navaja ni mano de hombre la había cortado nunca. Llevaba la cabeza algo inclinada de modo que no andaba completamente derecho. Su color era moreno amarillento, como el trigo puro. Todo su aspecto indicaba un hombre inteligente. Sus maneras eran graves. En toda cosa se parecía á su purísima Madre (*purissimæ Matri*).»

Como Nicéforo y el falso Damasceno aluden á

la semejanza de Cristo con la Virgen María, puede ser interesante el retrato de la Virgen hecho por el mismo Nicéforo.

«María era en todo modesta y seria; hablaba poco y sólo cuando era necesario. Muy cortés, tributaba á todos los honores y el respeto que les correspondían. Su estatura era mediana, aunque algunas personas aseguran que más bien era alta. Hablaba á todo el mundo con seductora franqueza, sin embarazo, y sobre todo sin amargura. Tenía el color pálido, los cabellos rubios, los ojos penetrantes, con las pupilas de color amarillo-oliva. Las cejas eran arqueadas y de un negro modesto (sic), su nariz de regular tamaño, sus labios sonrosados y llenos de encanto cuando hablaba. En fin, carecía de orgullo; era sencilla y sin pretensiones. En su traje prefería los colores naturales, como puede verse aún en su peinado; en una palabra, toda su persona respiraba una gracia divina.»

Cedremus pinta á la Virgen como de mediana estatura, con cabellos de color oscuro amarillento, ojos de color de avellana, dedos largos, y vestiduras de un color vivo, mientras que Xavierus le atribuye ojos azules y cabellos de un rubio dorado.

La obra del doctor Gluckselig, uno de los textos de nuestro artículo, es resultado de muchos años, pasados en examinar y coleccionar antiguos retratos y descripciones del Salvador.

Escogiendo los mejores rasgos de estas descripciones, y armonizando todos sus caracteres más salientes, el autor se vanagloria de haber llegado á componer una imagen auténtica, sirviendo de frontispicio al libro una pequeña cromolitografía, al mismo tiempo que ha publicado una reproducción más grande para las iglesias y los oratorios.

No puede imaginarse resultado menos satisfactorio. El pretendido retrato carece por completo de expresión.

El trabajo del sabio doctor ha sido, sin embargo, una obra de amor; pero ha tenido la desgracia de hacerlo bajo el patrocinio pontificio, que le ha obligado á referirse demasiado implícitamente á la autenticidad de las reliquias de Santa Verónica y de Abgar, que representan los dos tipos del Cristo glorificado del arte. De una parte, este es el Cristo que no tiene encanto ni belleza, aquel de quien se ha dicho: «Cuando le veamos no habrá en Él ninguna belleza que nos haga desear su vista.» (Isaías, LIII, 2.) De otra, Cristo es «el más bello de los hijos de los hombres.» (Psalmo XLV, 1.)

Quale è colin che forse di Croazia
Viene à veder la Veronica nostro
Che per la antica fama non si sazia.

(Dante Par. c. xxxi.)

¡Ah! ¿Por qué cuando queremos contemplar esa *vera icon*, cuya antigüedad es incontestable, sólo vemos una superficie vacía, como lo dice el canónigo Montault? Creemos, sin embargo, pero fundándonos en otra autoridad que la de los pretendidos retratos auténticos, que el tipo generalmente aceptado como el del Hijo del hombre, no es consecuencia de una elección arbitraria. Es positivo que tanto en la Iglesia de Oriente como en la de Occidente, en fecha remotísima y sin inteligencia previa, los pintores de la persona sagrada de Cristo se ajustaban á un tipo particular y tradicional que difiere notablemente del tipo clásico de la perfección. En el más grosero de los antiguos retratos, la divinidad irradia al través de la humanidad, mientras que las más nobles representaciones de las divinidades griegas ó romanas no logran expresar la idea de lo divino por las justas proporciones y por la perfección de la gracia. Es difícil concebir cómo el pintor primitivo encargado de decorar San Calixto y el autor del retrato sagrado de Edessa han podido representar á Nuestro Señor con facciones casi iguales, á menos de tomar por guía una tradición idéntica.

(*Quartely Review*.)

LA MISERIA Y EL CRÍMEN EN NUEVA YORK.

Es opinión muy generalizada, hasta en las clases instruidas, la de que en el Nuevo Mundo no se conoce la miseria, estando especialmente Nueva York al abrigo del pauperismo, que tanto hace sufrir á las capitales de nuestra vieja Europa. Los emigrantes que se embarcan para los Estados Unidos en el Havre, en Liverpool y en Hamburgo, llevan, como la mejor prenda de su equipaje, el deseo de hacer fortuna. Muchas veces lo consiguen, y de aquí nace que la imaginación popular considere á América como una verdadera Jauja, y que los mismos economistas, que mejor han estudiado la miseria en Londres y en París, no extiendan sus investigaciones á los países donde nuestros pobres van á buscar fortuna. La miseria, sin embargo, no es allí menos grande ni menos repugnante que en Europa. Las repentinas aglomeraciones de hombres, formando una concurrencia donde los débiles sucumben; la lucha por la vida, más encarnizada que en ninguna otra parte; la rudeza de la raza, que imprime al pauperismo inglés un carácter tan feroz, y á ciertos barrios de Berlín un aspecto tan sombrío; estas causas generales, sin contar mil influencias particulares de que hablaremos más adelante, hacen

que el Nuevo Mundo se parezca demasiado al antiguo.

Un libro de estadística conmovedora, lleno de cifras y de unción, de observaciones exactas y de caridad, obra extraña y contraria á nuestras costumbres, pero profundamente simpática; un libro titulado *Las clases peligrosas en Nueva York*, por C. L. Brace, nos invita á dar un paseo instructivo al través de las callejuelas de una ciudad que las gentes se figuran formada de anchas vías y de bulevares. Difícilmente encontraríamos guía más seguro. Mr. Brace es economista y pastor. A su conocimiento del mal une ardiente fe para curarlo, y desde hace muchos años ha emprendido una verdadera cruzada contra la miseria en Nueva York, siendo maravillosos los resultados obtenidos. No hay ciudad en el mundo donde la miseria, metódicamente combatida, disminuya con más rapidez y en mayor escala, y lo mismo sucede al crimen, ganando la moral tanto terreno como el bienestar. La clase social, cuya vida describe Mr. Brace, deja de ser peligrosa al mismo tiempo que sale de la miseria. La beneficencia no sacará de su libro menos enseñanza que la estadística.

Siguiendo á Mr. Brace estudiaremos la miseria en Nueva York, en sus relaciones con el crimen, los medios por los cuales se la combate y los admirables resultados de esta campaña.

I.

Nueva York cuenta dentro de sus muros, un año con otro, una población vagabunda y sin domicilio de 20.000 á 30.000 jóvenes, de los cuales las empresas caritativas recogen y socorren unos 12.000. Añádanse los criminales de profesión y la enorme multitud de ignorantes (unas 60.000 personas de más de diez años que no saben leer) que se mantienen mientras hay trabajo, pero que sucumben á las malas tentaciones cuando el comercio languidece, y se tendrá el contingente donde el crimen encuentra sus reclutas, lo que Mr. Brace llama *clases peligrosas*.

Las causas del crimen son de dos clases: unas pueden ser corregidas, y poco á poco borradas; en este caso se encuentran la ignorancia, la intemperancia, la aglomeración de habitantes, la falta de oficio, la pereza, la vagancia, la debilidad del lazo conyugal, los defectos de legislación; otras no se combaten fácilmente con el mismo éxito, y las hay que resisten á todos los esfuerzos; éstas son la herencia, los efectos de la emigración, la pérdida de los padres, los accidentes imprevistos, la violencia de las pasiones, la debilidad intelectual ó moral.

I. *La ignorancia*.—En el Estado de Nueva York, la proporción de los hombres adultos faltos com-

pletamente de instrucción, es de 6,08 por 100 y de 31 por 100 para los criminales adultos; es decir, que una tercera parte de los crímenes lo cometen las seis centésimas partes de los habitantes. En 1870, de 49.423 personas encerradas en las prisiones de la ciudad, 18.442 no sabían escribir. La ignorancia conduce por fatal camino á la vagancia y ésta á la prisión.

II. *Pérdida de los padres*.—De 452 niños culpables de delitos ó crímenes en Nueva York en 1870, sólo 187 tenían padre y madre; 60 por 100 habían perdido alguno de ellos, ó ambos, ó vivían separados. El testimonio del doctor Bettinger (*Transactions of the National Congress*) confirma evidentemente las observaciones de Mr. Brace sobre este punto. Este testimonio demuestra que de los 7.963 encerrados en las penitenciarías de los Estados-Unidos en 1870, 55 por 100 eran huérfanos de padre y madre, ó de uno de los dos.

III. *Emigración*.—Arrancados del suelo en que han nacido y arrojados entre extranjeros, cuya opinión les es indiferente, muchos hombres—sobre todo los caracteres débiles—no encuentran la fiscalización que en otros casos les impediría hacer el mal. Los europeos son muy numerosos en Nueva York entre los ignorantes y los criminales. Del número total de extranjeros que había en el Estado de Nueva York en 1860, 16,69 por 100 no sabían leer, mientras que esta proporción entre los indígenas era de 1,83 por 100. De 49.423 delincuentes detenidos en 1869, 32.225 eran extranjeros, y gran parte de los demás descendían de padres extranjeros. De este número 21.887 eran irlandeses, y sabido es que los irlandeses son en su país muy respetuosos á la ley. En la penitenciaría de Pensylvania, la proporción de los extranjeros es de la tercera parte; en Auburn de tres octavas partes; en Clinton de la mitad; en Sing-Sing de cuatro sétimas, en Albania de 18.390 presos, cifra de los veinte últimos años, 10.770 habían nacido en el extranjero.

Las influencias perniciosas de la emigración tienden á disminuir, gracias, de una parte á la rapidez, cada vez mayor, con que los recién llegados son dirigidos hacia las regiones interiores, en vez de permitirles permanecer sin trabajo en el puerto de arribo, y de otra á la calidad de los emigrantes.

IV. *Falta de oficio*.—Hay en Nueva York gran número de *Unions* entre los patronos, verdaderas corporaciones exclusivas y celosas que se niegan á ocupar á los niños y á alentarlos en su aprendizaje. Este egoísmo fatal produce consecuencias económicas muy sensibles, tales como una importación enorme de trabajo extranjero, y efectos morales más deplorables todavía. Muchos jóvenes

de las ciudades se ven privados del trabajo y del salario que les hubiesen salvado, y debe advertirse que el joven americano, rico ó pobre, no es perseverante en el trabajo, ensayando varias profesiones ú oficios sin firmeza de espíritu; de aquí la marcada preferencia que tienen por el comercio, y la falta de buenos obreros. El remedio consiste en una gran demanda de trabajo para los distritos agrícolas y en los excelentes salarios que la industria ofrece.

V. *Debilidad del lazo conyugal*.—«Es preciso, dice Mr. Brace, haber pasado muchos años entre las clases inferiores para comprender la fuerza de la opinion pública en punto al matrimonio, la fidelidad conyugal, y las desgracias que siguen á la ruptura de este lazo. Muchos irlandeses de los que desembarcan en los Estados-Unidos se casan por amor, siendo consagrado el matrimonio por las ceremonias más solemnes de su Iglesia. Son de un país donde la fe entre los esposos tiene mucha fuerza. En la aldea donde nacieron, ántes de violar la fe conyugal y abandonar á su mujer, morirían. La atmósfera que les rodea y la influencia del clero hacen esta violacion imposible: pero en los Estados-Unidos, lejos de sus vecinos y de sus sacerdotes, practican sin cesar las doctrinas del amor libre. La esposa envejece, los hijos crecen, la casa es cada dia más ruidosa, el marido empieza á olvidar las promesas que hizo ante el altar, encuentra una mujer más linda que la suya, se le habla de algun trabajo ventajoso en comarca lejana y abandona su hogar. La esposa pierde pronto toda esperanza; los hijos evitan la vigilancia de la madre y procuran ganarse un pedazo de pan en medio de la calle, y la vagancia les conduce en seguida al robo. Las hijas mendigan primero, y por fácil pendiente despues, abandonando la casa, acaban, por su vergonzosa vida, con el valor que á la pobre madre restaba. Esta es historia de todos los dias en Nueva York. Los ideólogos que desean conocer los frutos del amor libre, pueden enterarse leyendo la biografia de nuestros ladrones y de nuestras prostitutas.

VI. *La herencia*.—Está hoy demostrado que los hábitos viciosos acaban, despues de dos ó tres generaciones, por ejercer una influencia irresistible en las familias que los contraen. Todas las pasiones se transmiten; la borrachera y los apetitos sensuales con una regularidad admirable. Tenemos de ello ejemplos verdaderamente extraordinarios. En Mettrai, de 3.580 jóvenes que habian sido admitidos hasta 1868, 707 eran hijos de condenados (1) y 308 de padres que vivian en concu-

binato. La experiencia del escritor americano concuerda con estos datos; pero al cabo de veinte años, ha llegado á la conclusion consoladora de que la gran ley de la seleccion natural disminuye dia por dia el número de estas familias entregadas al vicio. La intemperancia, en efecto, mina la constitucion y debilita las facultades que permiten al hombre entregarse con éxito á la lucha por la existencia. Tanto en las clases inferiores como en las más altas, las familias virtuosas son las que más duran, y aquellas á quienes corroe el vicio no pasan de la cuarta generacion, llegando á la locura ó al embrutecimiento.

Además, al lado de las influencias inmediatas del padre ó del abuelo, hay en las organizaciones más viciosas gérmenes latentes del bien, transmitidos al través de cien generaciones honradas, gérmenes que fácilmente se suscitan y desarrollan. El cambio del elemento en que se vive, el régimen físico y moral, un trabajo regularizado—Mr. Brace añade la enseñanza de la religion—despiertan estas tendencias adormecidas y renuevan su carácter. La vida americana, con las aspiraciones que ha hecho nacer el deseo de prosperidad con que anima á los espíritus, contribuye ámpliamente á este resultado: se quiere salir de la condicion miserable en que se ha nacido, y esta ambicion produce, bajo el punto de vista moral, los mejores efectos. El movimiento de la poblacion, que aleja los hijos de sus padres, combate tambien la trasmision del vicio y hace desaparecer poco á poco esos focos del crimen, esos nidos del pauperismo hereditario.

VII. *Aglomeraciones excesivas*.—La topografia de Nueva York; el barrio de los negocios, encerrado en una isla; la necesidad para los trabajadores de habitar en las inmediaciones de las fábricas, han aglomerado la poblacion pobre en algunas calles, que forman, en medio de la gran ciudad, la ciudad de la miseria. Hé aqui las aterradoras cifras, tomadas de las fuentes más seguras, las relaciones del consejo sanitario metropolitano. En 1866 el undécimo barrio de la ciudad, que contaba 58.953 habitantes, contenia un habitante por cada 16,1 yardas cuadradas (la yarda cuadrada equivale á metros 0,83 cuadrados); el décimo, con 31.587 almas estaba poblado en una proporcion que hubiese dado 185.512 habitantes por milla cuadrada; en el diez y siete se alojaban 79.563, lo que hubiese dado 153.006 en el mismo espacio de terreno, y así sucesivamente. En Lóndres, donde ciertas calles son extraordinariamente populosas, la aglomeracion no llega a este grado. El Strand contiene por milla 141.556 habitantes; sólo el barrio del Este encierra en el mismo espacio 175.816.

(1) Añadiré, en apoyo de las observaciones hechas anteriormente, que 534 eran hijos naturales, 221 niños expósitos, 504 hijos de segundas nupcias y 1.542 huérfanos.

Sigamos adelante. El consejo de higiene hizo constar en 1865, que en un espacio de ménos de treinta acres (10 ó 12 hectáreas), en el cuarto barrio, sin contar las calles, habia una poblacion de 17.611 habitantes, lo que daria 290.000 habitantes por milla cuadrada. Además, encuentro 4.120 casas, conteniendo 95.091 inquilinos: más léjos hay una apreciacion general, pero que emana del consejo de sanidad y está basada en abundantes datos, valuando en 500.000 almas la poblacion de 18.582 casas de alquiler contenidas en la Cité. Esto no necesita comentarios, y fácilmente se deduce de tales cifras la aglomeracion de seres humanos, que á veces se amontonan en una habitacion, y las consecuencias (1) que de ello resultan. El remedio no es difícil. Un ferro-carril subterráneo trasportaria cómodamente á más apartados barrios la poblacion obrera, donde encontraria casas más grandes y sanas, y, por su parte, la administracion municipal podria, con medidas inteligentes, hacer que bajara el precio de los inquilinatos. El reparto más hábil del trabajo en todo el territorio evitaria estas aglomeraciones bestiales, y el comité de higiene combatiría sus funestos efectos con una vigilancia ilustrada. Acaso bastaria seguir el ejemplo de Europa, sobre todo de Inglaterra, donde la autoridad interviene y vigila la construccion de edificios, á nombre de la salud pública.

VIII. *Intemperancia*.—Las dos terceras partes de los crímenes proceden de la embriaguez. De los 49.423 culpables que entraron en las prisiones de Nueva York en 1870, 30.507 eran borrachos habituales, y muchos de los 19.000 restantes abusaban del alcohol con frecuencia. En la penitenciaría de Albania habia, durante el mismo año, 1.093 detenidos, de los cuales 893 confesaban su intemperancia. Entre los niños vagabundos de la ciudad, 90 por 100 son hijos de borrachos.—La liga de la templanza, que, como se sabe, predica la abstinencia *total*, en virtud del principio de que no se puede dejar á medias el deseo de la bebida, ha hecho el mayor bien; pero es una reaccion que no durará, un ascetismo que no se convertirá en religion, y la caridad procura encontrar otros medios ménos absolutos y más eficaces. Las distracciones elevadas que instruyen el espíritu y ennoblecen el alma; las galerías, los museos, los parques son los mejores baluartes que pueden oponerse á la intemperancia. El *Kesington Museum*, el palacio de *Sydenham* en Lóndres, el *Cooper Union*, el *Central Park*, las salas de lectura gratuitas en Nueva York, son sociedades de templanza de

seguro éxito. Sin embargo, la afición á la bebida tiene en el temperamento americano raices demasiado profundas para que pueda esperarse desarraigarla; y Mr. Brace, como reformador práctico, imagina transacciones, aconsejando el uso de vinos ligeros, el establecimiento de jardines públicos donde se beba al aire libre, y censura á la ley de 1866 contra la embriaguez su excesivo rigor, proponiendo que se corrija.

II.

El mismo espíritu de reforma inteligente y moderada se encuentra en la exposicion de medios empleados desde hace veinte años para curar estas enfermedades morales. Empezóse por reunir á los chicos callejeros á fin de predicarles las virtudes que no tenían. A esto fueron dedicados los *Bougs meetings*. No hay para qué decir que ninguno de estos sermones se parecian en nada á la forma tradicional de la predicacion cristiana, y que en ellos desempeñaba el *humour* una parte muy importante. Pero á pesar de lo apropiados que eran al auditorio, ó acaso porque respondian demasiado bien á las aficiones de su público, el efecto no fué satisfactorio. Cierta dia el orador, despues de referir la parábola del fariseo y del publicano, preguntó lo que el publicano representaba. «Un alderman (agente de orden público) que tiene una taberna» le contestaron. En otra ocasion las siguientes preguntas abstractas: ¿Cuál es el fin del hombre? ¿Cuándo es más feliz?; tuvieron esta contestacion imprevista: «Cuándo tiene dinero.» Rasgo que demuestra la impertinente vivacidad de los pilluelos de Nueva York, tan grande como la de los pilluelos de nuestras grandes capitales. «Si vuestros padres os abandonan ¿quién os recogerá?» se les decia.—«La policía» contestaban, porque nunca les faltan respuestas. Esta primera tentativa no fué, sin embargo, completamente estéril; abrió el camino y familiarizó á las personas caritativas con las clases que se trataba de corregir y de mejorar, siendo punto de partida de una verdadera liga contra la miseria.

Organizóse ésta en 1853, siendo Mr. Brace el encargado de la parte ejecutiva. Profesores, jueces, miembros del clero, personas de todas clases y posiciones sociales se asociaron para esta obra de moralizacion y caridad, y lo más notable es que todas las sectas religiosas, unitarios, presbiterianos, metodistas, etc., se pusieron de acuerdo á fin de realizarla. En 1856 la *Sociedad de Nueva-York para ayudar á niños* fué consagrada oficialmente, y, hablando al estilo europeo, reconocida de utilidad pública; pero todavía era muy modesta, y sus primeros pasos no presagiaban el

(1) La mortalidad anual es de 28,79 por 1.000 en los barrios ricos y de 150 por 1.000 en los pobres: en *Gotham Cour*, por ejemplo, es de 196 por 1.000.

desarrollo que debía tener en lo porvenir. Las oficinas ocupaban una habitación pequeña en Amity-Street, y Mr. Brace, con un joven que le servía de secretario, constituían todo el personal. Allí fueron á buscarle las suscripciones y las demandas de socorros, y de allí partieron las primeras circulares de Mr. Brace. El objeto de la asociación, tal como aparece en estos programas, consistía en procurar á los niños vagabundos alojamiento y trabajo. «Nuestra esperanza y nuestra aspiración, dice el escritor americano, consistía en colocar cerca de los nidos de la fiebre y del crimen una agencia desinfectante.»

Comenzóse por establecer talleres. ¡Esfuerzo vano! Esta combinación abortó. Había ya muchos niños reunidos en un local de *Wooster-Street*, donde la asociación les ocupaba en hacer calzado clavado, cuando la concurrencia de una máquina hizo este trabajo imposible. No se desalentó la sociedad por ello; abriéronse otros talleres que debían tener la misma mala suerte, y se reconoció que la filantropía no puede rivalizar en este terreno con la industria de los fabricantes. Convencido el comité de la asociación de que seguía mal camino, resolvió limitar por algún tiempo su obra á la educación intelectual y moral de los hijos de la miseria. Hechos jóvenes honrados, y sabiendo la primera enseñanza, no les faltaría trabajo.

Los pilluelos de Nueva-York, que, como ántes hemos visto, abundan mucho, unen á su natural audacia, apasionado amor al aire libre y á la independencia; les gusta mucho pasar las noches en la calle, y les repugna todo lo reglamentario; condiciones que debían oponer grandes obstáculos á los proyectos que contra ellos se habían formado.

Es por demás interesante observar las precauciones con que se inició su conversión; la sabia táctica que fué preciso emplear para convencerles de los encantos de una buena cama. Dejo hablar á Mr. Brace. «Era sobre todo preciso, para realizar nuestro plan, tratar á los *pilluelos* como hombres independientes, no dándoles nada sin que lo pagasen; pero ofreciéndoles por su dinero recursos mucho mejores de los que podían encontrar en cualquiera otra parte. La moral, la educación, la religión vendrían más tarde. Halagando sus intereses estábamos seguros de tenerlos con nosotros. El autor de esto se dirigió á sus compatriotas más influyentes y á las iglesias, reunió *meetings*, escribió artículos y acabó por juntar bastante dinero para hacer el primer ensayo. El comité de la asociación lo aprobó, y en Marzo de 1854 se abrió el primer *Lodging-House* (casa de alojamientos ó de huéspedes) para los chiquillos callejeros. No habíamos llegado, sin embargo, al

término de nuestro trabajo. Una buena cama por *seis centavos* (30 céntimos), una buena comida por *cuatro centavos* (20 céntimos) eran hechos palpables que los pilluelos podían comprender; pero el motivo no estaba claro, porque evidentemente no se trataba de una especulación. El director del *Lodging-House* era sin duda algún predicador, y se les tendía un lazo para hacerles caer en alguna escuela dominical.» A pesar de estos escrúpulos se encontraron algunos que quisieron probar el dormitorio; pero la primera noche fué tempestuosa. Una vez atraídos al *hotel* (nombre que dieron á la casa de refugio donde se les recogía) tratabase de inspirarles afición al trabajo, empresa verdaderamente grave y que exigía habilidad. Cierta mañana, el director de *Lodging-House* Mr. Tracy, entró en el salón cuando se estaban levantando, y en tono indiferente, sin dar á conocer su intento, dijo: «Ha venido un caballero que necesita un joven para su despacho; ofrece tres duros por semana.» Veinte voces pidieron el empleo. «Bien, añadió; pero es preciso tener buena letra.» ¡Desengaño general!

«¿Os parece que organicemos una escuela por la noche para enseñar á escribir?» Y así se fundó la escuela por la noche, y poco después se organizó la del domingo, gracias á los ingeniosos comentarios que les enseñaban cuánto había hecho Jesucristo y el Cristianismo por los pobres. Al cuidado de su educación moral se añadió el de sus intereses materiales; fundóse en la casa una pequeña caja de ahorros, que les avivó la preciosa afición á la propiedad.

El local es excelente y cuidado con un esmero ejemplar. Mr. Brace compara la limpieza de estas salas, por donde pasan cada día 250 niños, con el puente de un buque de guerra. En cuanto á la disposición, héra aquí en pocas palabras: El piso bajo está dividido en muchos compartimientos, entre ellos un comedor con ciento cincuenta asientos, la cocina, el lavadero, un despacho y la habitación del director: en el principal hay un salón de clases, un gimnasio y salas de baños, donde sube el agua caliente por medio de una máquina de vapor. En los dos pisos superiores hay 260 camas de hierro superpuestas de dos en dos, como en un buque. Los gastos del *Lodging-House* están cubiertos con las sumas que pagan los jóvenes que por él pasan, y que en 1870 ascendieron á 3.349 duros, por suscripciones particulares, muy numerosas desde que se conocen los efectos de esta fecunda empresa; y desde 1870 con una subvención municipal, sacada del impuesto sobre las bebidas, haciendo así que los taberneros concurren á mejorar las costumbres de los jóvenes que se embriagan. En 1870 el ingreso

total fué de 60.000 duros; en 1872 de 80.000, y se pudo comprar el *Shakspeare-Hotel*, que en la actualidad se está disponiendo para su nuevo destino. Añadiremos, para terminar con cifras características, que en el año de 1869 al 70 pasaron por *Lodging-House* 8.835 jóvenes, y que en diez y ocho años, desde su fundacion, ha dado hospitalidad á 91.326 niños, colocando 7.278 entre los amigos de la sociedad, proveyendo de domicilio á 5.126 vagabundos, proporcionando 576.485 camas (para una noche) y 469.461 comidas. El gasto total ha sido de 132.888 duros.

Después de los niños vienen las niñas. Es moda en Alemania censurar á las razas latinas en general, y á Francia en particular, entre otras corrupciones que les atribuyen, por el desarrollo considerable que ha tomado en ellas la prostitucion. Cuando se pasa por algunos barrios de Lóndres, que podrian formar una gran ciudad, ó por ciertas calles de Berlin, las más frecuentes y próximas al Palacio del Rey, cuesta trabajo comprender la violencia de estas censuras, y no puede uno ménos de sonreir al saber el extraño procedimiento á que recurrió el gobierno prusiano para mejorar las costumbres de su capital. Bueno seria contestar con guarismos á los anatemas que tan gratuitamente nos lanza la virtud germánica: pero no quiero permitirme este fácil placer, y me limito á hacer constar, volviendo á mi asunto, que en Nueva York, que no es por cierto una ciudad latina, la prostitucion es enorme y opone tenaz resistencia á los esfuerzos intentados para disminuirla. ¿Cómo combatir en las jóvenes esa inclinacion á la vagancia que tan pronto las hace presa de todos los vicios? Se han fundado primero escuelas industriales, especialmente destinadas á las jóvenes pobres. Las escuelas libres, aunque gratuitas, no las atraian, porque se avergozaban de sentarse en ellas cubiertas de harapos al lado de niñas ménos desheredadas, y porque sus padres necesitaban de su trabajo durante el dia. La extremada reglamentacion de estos establecimientos era tambien para ellas un inconveniente. La escuela Wilson, llamada así por el nombre de su directora, fué fundada en 1853 en condiciones que le aseguraron rápido éxito: después se fundó, por iniciativa de Mr. Brace, y gracias á la paciencia y á la infatigable abnegacion que le anima é infunde á las demas, la del cuarto barrio, verdadero foco de infeccion física y moral. Se prometió á las niñas que no se amedrentaran de acudir á la escuela, enseñarles un oficio, alimentarlas y hasta vestirlas, si su conducta era buena. Al principio acudieron pocas; más tarde por centenares, y casi todas merecieron el buen trato que se les habia prometido: la prision del

barrio que en 1861 habia recibido 3.172 mujeres detenidas por vagancia, en 1871 sólo recibió 339.

En vista de estas cifras no es ilusorio atribuir alguna influencia á la escuela industrial instalada á algunos pasos de la prision, y no seria justo calificar de amor propio la complacencia con la cual refiere la historia de sus escuelas. La fundada, gracias á una suscripcion de cinco mil duros, cuya primera idea tuvo Mr. Brace, en el barrio aleman, la de los *traperos*, no produjo menores resultados. Hoy cuenta más de cuatrocientos discípulos. Podriamos recorrer, siguiendo los pasos de Mr. Brace, los barrios, tan distintos en su comun miseria, donde le guia su caridad y leer con todos sus detalles la narracion de sus esfuerzos, siempre iguales, siempre eficaces; sólo la falta de espacio nos impide un análisis más minucioso. Debo tan sólo añadir que casi todas las niñas que asistieron á la escuela industrial alcanzaron mejor posicion social que sus padres; que muchas modificaron, con su ejemplo, las costumbres de sus familias, y que de dos mil niñas que en diez y ocho años han asistido á una de estas escuelas, y cuya vida han observado después sus maestras con gran solicitud, sólo cinco han sido borrachas, prostitutas ó criminales.

La experiencia habia probado demasiado bien para que no se intentara aplicarla á los jóvenes. Escogieron, como siempre, los parajes de la ciudad donde la tentativa parecia ménos realizable, porque era más necesaria, y precisamente hasta la calle donde con más frecuencia los pilluelos tenian reyertas con la policia. «Abrimos, dice Mr. Brace, una escuela provista de todos los accesorios necesarios para atraer al público: ofrecióse la enseñanza, no sólo de lo que constituye la instruccion primaria, sino tambien de los oficios de carpintero y de cofrero, pagarles el trabajo y darles una buena comida caliente. Organizamos fiestas, conferencias, exhibiciones, linternas mágicas; se prodigó todo, instruccion, alimento, vestidos. En cambio los muchachos nos rompieron los cristales, entraron de noche en nuestro local y le robaron, y se amotinaron delante de la puerta, exclamando: «¡Abajo la escuela protestante!» Pero poco á poco, y gracias á la influencia combinada de las buenas comidas, y del trabajo manual y del espíritu, los alborotadores se calmaron, sobre todo cuando al taller de carpintería vino á unirse una escuela de dia y de noche, una sala de lectura y habitaciones con lechos. Finalmente, para colmo de perfecciones, colocóse la escuela industrial bajo la direccion de una señora, porque la mujer sabe mejor que el hombre atemperar las costumbres de los chicos vagabundos. No sé si la reforma sería practicable entre

nosotros; pero esta modificación no encontraría de seguro grandes obstáculos. En dichas escuelas se aplica el método de Pestalozzi, completado y atenuado por la pedagogía alemana; se ponen á la vista del niño los objetos sobre que debe versar su instrucción, para que trabajen insensiblemente sus facultades perceptivas ántes de hacer un llamamiento al sentido de la abstracción. Su espíritu va aprendiendo así nociones sencillas que asimila fácilmente, en vez de hacerle aprender palabras, que con frecuencia carecen para él de sentido. Gracias á este sistema (*The object system*) las matemáticas dejan de ser para la inteligencia infantil una abstracción impalpable; la geometría toma cuerpo; la gramática no es una acumulación de reglas teóricas; la historia natural un catálogo; la geografía una nomenclatura fría y sin vida, y lo que vale más aún, el gusto de la observación personal se despierta, la memoria no funciona sola; el juicio se acostumbra á saludable independencia; la inteligencia, y este es el fin de toda enseñanza, digna de tal nombre, se habitúa á la investigación y al trabajo (1).

La escuela, por bien organizada que estuviese, no pareció bastante; los asilos, por mucha que fuera la habilidad desplegada para no adormecer en ellos la actividad de los niños, y mantener despierto en su alma el sentimiento de la dignidad y de la independencia, al lado de estas ventajas, no carecían de peligros. La asociación comprendió que el necesario complemento de su obra era colocar á sus discípulos en el campo, en las casas de los agricultores.

Las condiciones singularmente favorables en que se encuentran los Estados-Unidos, su suelo ilimitado que reclama millones de brazos; la necesidad para el que cultiva en lejanas regiones de tener á su alrededor trabajadores que no vayan únicamente por el salario, sino que pueda considerarlos como miembros de su familia, apegados á su empresa y á sus intereses, la facilidad que hay en este país fértil de alimentarse, aleja el temor de aumentar las bocas en la mesa doméstica y ayuda á la emigración de los niños. Al principio hubo algún desorden y algunas vacilaciones. Los labradores, prevenidos por una circular, pidieron repetidas veces que se les enviaran niños *perfectos*: los había que determinaban hasta que tuvieran los ojos azules ó negros.

Sucedio que, en vez de enviarles los más trabajadores, les remitían los holgazanes incorregibles; pero con el tiempo se organizó el servicio de un modo más práctico y provechoso. Para evitar las equivocaciones que pudiera haber al contestar á las demandas de los labradores, imaginóse formar compañías de emigrantes; se les vestía, y bajo la dirección de un agente de la sociedad, eran enviados á tal ó cual ciudad, donde se sabía que faltaban brazos. En la ciudad ó en el pueblo eran advertidos de antemano, y se esperaba á los viajeros en la estación. Al día siguiente se verificaba un *meeting* en la iglesia ó en la plaza. El agente pronunciaba un discurso patético apelando á los sentimientos humanitarios y al interés de los habitantes de la localidad, y con frecuencia muchos pilluelos, vagabundos ántes y destinados quizá á despreciable vida, eran alojados en casa cómoda y hospitalaria, donde aprendían la actividad y la virtud.

Trabajo cuesta imaginar la oposición que encontró esta empresa, la coalición de preocupaciones y de pasiones que suscitó. La acusación de propaganda se esparció con verdadero fanatismo, envenenada con mil calumnias; después surgieron las objeciones más especiosas, propuestas por los partidarios de las casas de refugio, que las consideraban más saludables y de más real influencia. Los promovedores de la emigración respondieron á estos ataques con folletos teóricos, y como en América sólo convence la evidencia de las cifras, recurrieron en materia tan delicada á las pruebas de la estadística. La cosa era difícil, porque los jóvenes colocados por la Asociación conservaban con frecuencia en su nueva vida sus aficiones nómadas de otros tiempos, y era preciso seguirles de aldea en aldea ó de pueblo en pueblo, para asegurarse de su moralidad. Venciéronse estas dificultades, y la información, hecha cuidadosamente, refutó con brillantez los argumentos enemigos. De los 22.000 aprendices agrícolas colocados por la sociedad, la proporción de aquellos de quienes había tenido que ocuparse la policía, era extraordinariamente pequeña. A esta consideración moral se unía otra para asegurar el éxito de la tentativa; el viaje, alimentación y vestido de los niños transportados á las regiones agrícolas del Oeste, sólo costaban, por término medio, quince duros por cabeza.

Estas sólo son las grandes líneas de la obra que Mr. Brace describe; pero falsearía la fisonomía de su libro, dando de él una idea imperfecta, si, después de haber expuesto las reformas que en tanta parte personalmente les corresponden, no caminara tras de él un poco á la ventura, á través de una serie de capítulos de detalle, donde

(1) La obra de Mr. Brace y de sus colaboradores, no se limita á la miseria americana. Han establecido una escuela para los niños pordioseros italianos, haciendo frente á la grande oposición que le hacía el clero católico, que les acusaba de proselitismo, acusación inmerecida, y hoy la escuela italiana cuenta sesenta y cinco discípulos por día. Los negros tienen también su escuela, y les tratan los maestros con grande inteligencia de su temperamento.

se refleja, quizá mejor que en el relato precedente, el espíritu cristianísimo y por demás americano de estas empresas caritativas. En primer lugar encontramos algunas reflexiones muy juiciosas sobre el verdadero y más seguro medio de hallar el dinero necesario á la beneficencia. Mr. Brace desconfía de las colectas á domicilio, de las suscripciones al aire libre, de que ya abusamos algo; parécete imprudente pedir á las gentes que nos crean bajo nuestra palabra; quiere que se prodiguen los artículos en los periódicos, las conferencias y los *meetings* para convencer al público de que se trabaja en su provecho, y de que una escuela en un barrio pone á los almacenes vecinos al abrigo de más de un robo.

De esta suerte, y no por los procedimientos ordinarios, logró organizar numerosos gabinetes de lectura gratuitos, con todos los requisitos para estar en ellos cómodamente, y en los cuales hasta se ofrecía una taza de café á los lectores asíduos. La descripción que hace de estos gabinetes, para donde se citaban en las noches de invierno todos los tunantes de las inmediaciones, es curiosísima. Allí iban para jugar y calentarse, y después, á pesar suyo, volvían para leer: buen testigo es cierto Hércules forastero, plaga de Nueva York, que, después de haber entrado por pura curiosidad en uno de estos locales, concluyó por ser el director, y sólo usó sus músculos en adelante para arrojar á la calle á los borrachos poco respetuosos del silencio.

Más adelante encontramos algunas páginas llenas de gracejo, sentimiento é ideas que, á pesar de la diferencia de costumbres, acaso fuera posible realizar entre nosotros, á propósito de un *Lodging House* para niñas, y con cuyo objeto se recogieron en pocos días 27.000 duros. Dichas páginas refieren las dificultades que hubo para preservar en esta casa á las niñas inocentes de la influencia de aquellas á quienes sobre todo se quería ayudar; el desarrollo rápido que tuvo esta institución; las escuelas que se unieron á ella; los millares de costureras y de sirvientas que aprendieron allí estos oficios y olvidaron otras ocupaciones. De este capítulo sombrío que deja el alma entristecida por el cuadro de la miseria y de la vergüenza que describe, á pesar de las consoladoras enseñanzas que también contiene, se pasa á una pintura alegre y embalsamada. De un viejo edificio, casi abandonado, Mr. Brace y sus amigos han hecho una escuela llena de flores, de acuarios, de invernaderos, de salas de baño, donde entra el sol por todas partes. Supongo que los estudios no serán allí muy asíduos, pero creo que las rosas, la luz y las butacas prestan allí grandes servicios, y que este

oasis de alegría, de limpieza y de buen gusto en un barrio perdido, ha preservado ó vuelto á la pureza á muchas jóvenes.

Tal escuela no es, después de todo, sino una imitación muy perfeccionada, es cierto, de los *Kinder-Garten* de Alemania: América sobresale en asimilar los elementos extraños que cree fecundos; y admirada de los ejemplos que presenta Prusia, se encamina con una rapidez que nos avergüenza hácia la enseñanza obligatoria. No necesito decir que Mr. Brace es ardiente partidario de esta reforma, y que á nombre de la democracia, y para preservarla de los peligros que la demagogia le hace correr, la reclama, pareciéndole que al derecho de sufragio corresponde un deber, el de emitir un sufragio inteligente, y que el único medio para conseguirlo es instruir al que lo emite. Temo que este razonamiento parezca demasiado sencillo á nuestros refinados políticos. Mr. Brace examina también todas las objeciones que á nombre de una pretendida escuela liberal se hacen contra este sistema, y poco inclinado ordinariamente á reclamar la intervención del Estado, la solicita en este punto y la pide en voz alta, celebrando que en California, Massachusetts, Rhode-Island y Connecticut se ocupen de este asunto, prometiendo una solución verdaderamente moderna, y cita con mal disimulado dolor la cifra de los anglo-americanos que no saben leer y escribir (6 por 100 en el Norte y 30 por 100 en el Sur), cifra en que también nosotros debemos meditar.

El trabajo de los niños reclama también, según Mr. Brace, una legislación rigurosa, y no encuentra que sea una limitación de la libertad de los padres y de los fabricantes el limitar la edad en que debe empezar el aprendizaje y las horas de trabajo, como también exigir de los aprendices una certificación de haber asistido á la escuela. Desgraciadamente las condiciones económicas de Nueva York oponen mayor resistencia que en Rhode-Island, Connecticut y Massachusetts, que tienen ya una buena ley sobre este punto, á la medida legislativa propuesta á la Cámara de Nueva York por el consejo de la asociación en favor de los niños, y que casi reproduce las disposiciones de nuestras leyes sobre este punto.

Dos capítulos de grande elevación moral y de una importancia económica considerable reasumen la filosofía de la obra y pueden servirla de conclusión. Uno de ellos trata de la limosna, de la caridad en general y de la forma en que debe practicarse. Mr. Brace pone de manifiesto la influencia fatal que ejerce en los caracteres la beneficencia, tal y como se practica en Inglaterra, y nos enseña que la limosna degrada á los que de

ella viven, y mata su actividad, gastando Londres solamente 150 millones de francos por año, y no pensando en un sistema de educacion popular que reduciria, con provecho para todos, este presupuesto de la miseria.

Frente á la beneficencia inglesa, la mejor para mantener el pauperismo y desarrollarle, Mr. Brace, expone el método de la beneficencia americana y su teoría. «Distribuyendo, dice, cada año, bajo diversas formas, miles de duros, cuidamos de que cada penique produzca su efecto en el carácter de aquel á quien se lo damos. Deseamos mucho menos repartir limosnas que impedir que nos las pidan. Todas nuestras empresas tienen por objeto impedir el acrecentamiento del pauperismo.» La independencia y la dignidad son las cualidades que esta caridad inteligente procura respetar y despertar en las almas. «Nuestros maestros de *Lodging-Houses* han reconocido que el mejor medio de hacer el bien á los pilluelos consiste en cobrarles y no en dárles.» Cada pilluelo paga su alojamiento y se considera independiente; si es extremadamente pobre, se le aloja á crédito, y cuando sus asuntos mejoran, paga sus atrasos. No se les viste por completo y de pronto, salvo en circunstancias especiales, sino que se les obliga á economizar y á vestirse á su costa. Si carece de recursos para establecerse en un oficio, se le presta una pequeña suma, «pero se le presta, no se le da.» De este modo se llega á suprimir esa variedad que pulula en Londres de mendigos de profesion. Tal es el tratamiento que conviene aplicar á la miseria. En otro capítulo habla del que debe aplicarse al crimen, ó mejor dicho, á las disposiciones criminales.

Adivínase por lo que precede, que Mr. Brace para nada cuenta con los asilos, los refugios, las penitenciarias, las cárceles de jóvenes, donde el culpable sólo significa para la administracion un número anónimo. Colocadle en el campo (1), proporcionadle, bajo una buena guarda, el gusto á una actividad honrosa y lucrativa, imitad la excelente institucion de Hamburgo, conocida con el nombre de *Rauhes-Haus*, ó la colonia de Mettray, y llegareis, como en estos dos establecimientos, á convertir en personas honradas el 90 por 100 de las recogidas.

(1) Con este motivo Mr. Brace trata incidentalmente la cuestion de los niños expósitos. Aprecia en 4 por 100 el número de nacimientos ilegítimos en Nueva York, que en Berlin es de 14 por 100; en San Petersburgo de 18 por 100, y en Viena de 20 por 100. En 1868 hubo en Nueva York 2.195 niños muertos al nacer. El de niños abandonados no se atreve á justificarlo con exactitud Mr. Brace. Inspirándose en nuestro ejemplo y en nuestra organizacion, de que ha hecho profundo estudio, recomienda á sus compatriotas colocar los niños expósitos en el campo, y les disuade de fundar hospicios para ellos.

III.

Los datos que acaban de leerse, las cifras que he creído deber prodigar, indican bien el resultado material de estos incesantes y metódicos esfuerzos. ¿Cuál ha sido el resultado moral? El crimen, cuya relacion con la miseria hemos visto ántes, ¿ha disminuido en igual proporcion que ésta? Advertid que la poblacion de Nueva York crece con maravillosa rapidez, y que para la liga de beneficencia y de educacion, cuyos trabajos he reseñado, hubiera sido grande éxito que no aumentaran las antiguas cifras de arrestos y de culpabilidad, mientras que la poblacion crecia, porque en todas partes el término medio del crimen es constante. Pero la asociacion ha tenido un éxito superior á sus esperanzas. Los arrestos han disminuido en una proporcion maravillosa; y puesto que he sacrificado á este análisis el interés dramático del libro de Mr. Brace para sacar de él los datos más palpables, se me perdonará concluir como he empezado, presentando algunas cifras.

A las jóvenes es á quien principalmente se han consagrado más esfuerzos. ¿Ha aumentado la criminalidad entre ellas? ¿La vagancia, en todas las acepciones de la palabra, es lo que era cuando empezó esta empresa caritativa? He aquí los hechos. Los informes oficiales arrojan las siguientes cifras de arrestos de mujeres por vagancia:

1857.....	3.449
1859.....	5.778
1860.....	5.880
1861.....	3.172
1862.....	2.243
1863.....	1.756
1864.....	1.342
1869.....	785
1870.....	671
1871.....	548

¿En once años los arrestos han descendido de 5.580 á 548! Esto durante un período en que la poblacion ha aumentado 13 1/2 por 100; de modo que siguiendo la gradacion ordinaria en 1871 hubiese habido 4.700 prisiones. Sin ser tan notable la disminucion de los robos cometidos por las mujeres, es muy característica.

1859.....	944
1860.....	890
1861.....	880
1863 (1).....	1.133
1864.....	1.131
1865.....	877
1869.....	989
1870.....	746
1871.....	572

El número de prisiones de jóvenes de menos de

(1) Estos son los años de la guerra.

quince años bajó despues de 1863 de 403 á 212.

En los varones la diferencia es ménos sensible. Se tiene ménos prisa con ellos, y su carácter más independiente les aparta con mayor facilidad de la direccion que se intenta imprimirles: sin embargo, la prueba es tambien decisiva. En doce años, desde 1859 á 1871, las prisiones por vagancia se han reducido de 2.829 á 994; en catorce años, desde 1857 á 1871, el número de robos disminuye en 502; en 1857 fué de 2.450, y en 1871 de 1.948. En 1864 fueron arrestados 1.965 muchachos de ménos de quince años, y en 1871 sólo lo fueron 1.017. En 1861 cayeron en manos de la policía 466 *pic-pockets*, y en 1871 sólo fueron presos 313.

¡Cuántas miserias se han ahorrado á la humanidad y cuántos dolores evitados ó disminuidos! ¡Qué economía de dinero! Se ha calculado que el dinero robado en Nueva York en 1871, asciende á la suma de un millon quinientos veinte y un mil novecientos cuarenta duros, sin contar los robos de que la policía no ha tenido conocimiento. Los gastos de prision y de juicio de los criminales han ascendido, para el uno á 16.000 duros, y para el otro á 20.000. Pónganse frente á estas sumas las que cuesta una institucion como la de la sociedad de socorros á los niños, y se verá que 2.000 niños colocados en el campo, sólo cuestan 15 duros por cabeza; las 3.000 niñas abandonadas que son recogidas, educadas, y en parte alimentadas en las escuelas industriales, cuestan la misma suma por año, y los niños, colocados é instruidos en los *Lodging-Houses*, cuyo número asciende á 12.000, ó sea á 400 por noche, han costado 50 duros por cabeza durante un año. Las deducciones son claras. A la sociedad le trae cuenta multiplicar los medios de prevencion de los delitos; la economía está de acuerdo con la moral y la humanidad. Nunca se meditarán bastante las siguientes líneas de Eduardo Livingston, uno de los principales reformadores del código criminal de los Estados-Unidos.

«Lo mismo que para las enfermedades del cuerpo la prevencion es ménos dolorosa, ménos costosa y más eficaz que la cura más hábil; de igual suerte, en las enfermedades morales de la sociedad, detener el vicio, ántes de que tome la forma del crimen, apartar del pobre la causa ó el pretexto del fraude y del robo; reformarle por medio de la educacion; enseñarle á vivir de su trabajo, será, sin duda alguna, obra difícil y que exigirá sacrificios, pero más eficaz y mil veces más económica que el mejor sistema penal.»

H. D.

CARTAS MUSICALES.

SEGUNDA.

Á D. ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Mi muy querido amigo Antonio: Cuando en mi carta anterior *Sobre la música de Wagner* cité tu nombre, confieso que lo hice con intencion; pues conociendo tus arranques de furibundo wagnerista, quise darte pié para que lucieras una vez más las brillantes dotes de tu fecundo ingenio.

Mi cálculo no ha fallado; y en el número de *El Imparcial* perteneciente al 18 del corriente Agosto, he leído un graciosísimo artículo tuyo sobre el particular, en el cual has intentado, con muy poca caridad, pegarme la paliza más espantable que ha visto la cristiandad; y digo que has *intentado*, porque aunque has descargado garrotazos descomunales, ninguno de ellos ha logrado tropezar en mis costillas, ni ha hecho más que hacer silbar el aire en derredor mio.

Esto ha consistido principalmente en que no has leído con atencion aquella mi carta que excitó tu *bilis wagneriana*; porque si te hubieras parado un poco á reflexionar sobre el espíritu y la letra de ella, ¿cómo es posible que te atrevieras á fundar tu artículo sobre supuestos falsos y contrarios á lo que yo escribí? Pero viste que yo me permitia juzgar la música de tu semidios Wagner; tropezaste con un párrafo en el que recuerdo el hecho histórico de haber sido yo quien primero la introdujo en España; y como si se tratara del descubrimiento de la cuadratura del círculo, ó del movimiento continuo, ó del mirlo blanco, te pones (son tus palabras) en estado febrífugo, ardoroso y archiespasmódico; te admiras triplemente gritando ¡¡¡*Barbieri wagnerista!!!* y enristras la péñola para enderezarme, no ya uno de tus sabrosísimos artículos de periódico, sino nada ménos que un capítulo de *Teratologia*, ó séase de *la ciencia de las monstruosidades orgánicas*.

Preciso es que confieses, queridísimo Antonio, que la cosa no era para tanto, ó que la fiebre de que te quejas te acometió con acompañamiento de un fuerte delirio, que te hizo entender al revés mi escrito. Pero ¿qué digo entender, cuando tú mismo calificas mi carta de *logogrifo literario* y de *geroglífico crítico musical*?... Aquí sí que viene bien un rengloncito de puntos suspensivos.

¡ !

¡Vea V. lo que es la presuncion humana! ¡Yo que creía haber tratado el asunto con la mayor claridad y con un espíritu ajeno á toda pasion de partido, á fin de poner paz entre tirios y troyanos, me encuentro con que una inteligencia tan perspicaz como la de mi amigo Peña y Goñi, se

perturba y no ve otra cosa en mi escrito sino un cúmulo de contradicciones y de errores, y, sobre todo, un afán de pasarme al campo wagnerista!...

No recuerdo quién ha dicho que la mayor parte de las disputas no son sino cuestiones de diccionario.

Conviene, pues, que previamente definamos lo que se entiende por *wagnerista* y por *antiwagnerista*.

El significado de estas voces no habría para qué decirlo, porque todo el mundo lo conoce: sin embargo, bueno es hacer notar que, dados el temperamento meridional y el carácter apasionado y vehemente de los españoles, aquí entendemos por *wagnerista* al partidario exagerado de Wagner ó de sus obras, y por *antiwagnerista* al absolutamente contrario á él ó á ellas.

Sentado esto, vamos al caso.

Cuando hace tiempo que estoy presenciando las semibatallas que se promueven en los conciertos, donde una parte del público aplaude á rabiar y otra silba furiosamente algunas obras (muy pocas por cierto) de Wagner: cuando leo las acaloradísimas polémicas suscitadas en toda Europa sobre la música de este autor: cuando, en fin, veo á muchos amigos míos perder la sangre fría y dirigirse injurias por la misma causa, tomo la pluma, y con la mayor calma digo á los contendientes todos: «No seáis exagerados; discutid en buen hora, pero oid con tranquilidad la tal música; en la inteligencia, de que si es buena y os conmueve, ella se elevará por su propia virtud, y si es mala caerá por sí sola en el olvido.» Es decir: «Tomad esta música á beneficio de inventario, y no os acaloreis inútilmente.»

Esta es la síntesis de mi carta, desarrollada con una gran claridad, que á tí, querido Peña, no te ha dejado ver ese ataque *archiespasmódico*, que te produjo la lectura del párrafo en que recuerdo el hecho de ser yo el introductor de la música de Wagner.

¡Ingrato wagnerista! ¡Sabes que soy el primero que en España hizo conocer y aplaudir á tu ídolo, y todavía me anatematizas!... Estoy casi tentado de echarme á llorar.—¡Y te sublevas porque traje á cuento aquel hecho público y notorio de mi historia musical!...

Podías haber comprendido que cuando uno pretende echar el montante entre dos que batallan, debe probar ántes su imparcialidad. Así yo, para dar una prueba de la mía, tuve que recordar el referido hecho. Pero ¿quiere esto decir que yo pretenda pasar por wagnerista, cuando digo claramente que reclamo para mí toda la gloria ó el vituperio que merezca por haber traído la tal música?... Y si reclamo gloria ó vituperio, ¿no com-

prenderá cualquiera en esta forma de reclamación que no tengo formado un perfecto juicio sobre mi merecimiento, y que, por consecuencia, no trato de meterme en las filas de los wagneristas ni en las de sus contrarios, sino que pretendo quedarme á una prudente distancia de los unos y los otros, para inclinarme despues á quien mejor me parezca?...

De esta imparcialidad he dado repetidas y marcadísimas pruebas en mi carta susodicha. En ésta declaro que en las obras literarias de Wagner encuentro rasgos inequívocos de imaginación y de talento. Respecto á las musicales, digo que hay trozos que podría firmar cualquiera de los grandes compositores, y afirmo que tiene mérito. Al mismo tiempo señalo sus contradicciones, extravagancias y faltas imperdonables; concluyendo, no obstante, por quedarme en duda sobre el puesto que le corresponderá ocupar en el arte. Es decir, que yo ni quiero aparecer wagnerista á la manera de los tuyos, ni antiwagnerista á la manera que tú me has querido sacar á la vergüenza, sino tan sólo un tranquilo elogiador de lo que considero bueno, y un prudente censurador de lo que me parece malo en las obras de Wagner.

Todo lo dicho está tan claro y terminante, que por sí solo basta á echar por tierra y pulverizar todo el edificio de tu *Teratología*, edificio que más parece construido por un ciego calenturiento que no por tí. Pero, sin embargo, no he de culpar de semejante desliz á tu mucho entendimiento y buena voluntad, sino á otras causas. Tú eres jóven, vehemente, impetuoso, mimado del público, que con razón aplaude todos tus escritos; y al mismo tiempo eres la honradez, la delicadeza y la caballerosidad personificadas: todo lo cual equivale á decir que eres impresionable y susceptible hasta el extremo. Con estas cualidades te pusiste á leer mi carta en cuestión; y (como si lo estuviera viendo) toda su primera mitad te gustó mucho, y celebraste para tus adentros lo que habías leído; pero al llegar al párrafo en que digo que tú has hecho uso de apreciaciones mías expresadas privadamente, para hacerme sentar plaza de antiwagnerista contra mi voluntad y mi historia, estoy seguro que exclamaste: ¡*Arrayia, Demoniu!*!, se te subió la sangre á la cabeza, y no viste de allí en adelante otra cosa que los fantasmas de tu acalorada imaginación que te gritaban: «¡Abusar de la confianza!...» «¡*Vendetta!*!...» Y, ¡cataplum!... Cogiste la pluma, y ¡zas! ¡Ahí va la *Teratología!*!... (¡¡!)

¿Ves con cuánta razón decía yo en mi carta que la pasión desenfrenada quita el conocimien-

to?... Si hubieras leído con tranquilidad, y hubieras recurrido á tu buena memoria, habrías recordado lo que te tengo dicho y demostrado tantas veces, á saber: que tengo debilidad por tí y por todo cuanto escribes, y que desde que nos conocemos te tengo dada carta blanca para que digas y publiques de mí todo cuanto quieras; en la inteligencia de que aunque dijeras alguna tontería (lo que no es posible), la había yo de celebrar como si fuera una gracia. Por consiguiente ¿cómo pudiste pensar que yo tratara de acusarte de abuso de confianza?—Nada de esto.—Lo que ha ocurrido es, que teniendo nosotros la costumbre de discutir á solas humorísticamente sobre la música de Wagner, hemos agotado, tú el diccionario de los elogios, y yo el de los epigramas; pero no obstante, recordarás que yo siempre he reconocido seriamente en tal autor, poco más ó menos, las buenas y las malas cualidades que en mi última carta le reconozco. Pero tú, rara ha sido la vez en que, al ocuparte de mí en tus artículos, hayas dejado de presentarme al público como contrario á Wagner, pero sin citar jamás mis opiniones favorables á él, ni tampoco que yo hubiera sido quien hizo oír al público por primera vez su música.

Por consiguiente, no ha habido en tí abuso de confianza, ni yo quise decir tal cosa; pero sí hubo un *uso irreflexivo* de mis opiniones contrarias, con exclusion de las favorables; resultando esto *contra mi historia*, porque si yo fui el introductor de una obra de Wagner, es prueba de que ella me gustaba: y *contra mi voluntad*, porque si yo hubiera tenido tirria á tal música, ni habría empleado mi dinero en comprarla, ni mi tiempo y mi paciencia en traducirla, ensayarla y presentársela al público.

Ahora tú, para defenderte del casi insignificante cargo que te hice, me citas con grande aparato, y como si hubieras hecho el descubrimiento del siglo, el último párrafo de mi biografía de Eximeno, en el cual trato de los delirios de Wagner y su escuela. ¡Pobre recurso! Porque, en primer lugar, te diré que condenar *los delirios* de un autor no es condenar *sus obras razonables*; y en segundo lugar, que habiéndome oído tú celebrar muchas veces algunas piezas de tal autor, y habiéndome visto dirigir y elogiar su marcha del *Tannhauser*, debiste comprender que yo ni he condenado nunca ni condeno *en absoluto* las obras de Wagner, sino tan solo sus aberraciones y extravagancias, que son las que realmente *tienden á pervertir la música*.

Ya ves cómo no hay contradicción en mis ideas; pero aún en el caso imposible de que la hubiera, no por ello dejaría de ser cierto que tú has usado

(y no abusado, enténdelo bien) de mis apreciaciones privadas, en la parte que me hacen aparecer como antiwagnerista, pero no en la favorable al mismo autor. Para convencerte de esta verdad, no tienes que hacer más que repasar tus artículos de periódico, no sólo de la época presente, sino de tiempos *anteriores* á mi publicacion del *Don Lazarillo Vizcardi*, y hoy mismo, repasa tu malhadada *Teratologia*, donde cuentas al público dichos míos sobre Wagner, los cuales, aunque son muy ciertos, yo nunca los he publicado ni los publicaría, sin poner al lado de ellos el contrapeso correspondiente y justo, con arreglo á las ideas que dejo expresadas en esta carta y en mi anterior.

Con lo que llevo dicho basta y sobra para probarte, querido Antonio, la injusticia con que me has tratado en tu *exabrupto teratológico*; pero antes de cerrar esta carta, quiero hacerme cargo de un saetazo que me disparas en tu artículo, y en estos términos:

«Dice Barbieri que Wagner llama á su música *música del porvenir*. ¿Dónde? ¡Si precisamente Wagner ha rebatido victoriosamente esta falsa imputacion! Barbieri ha leído mal, ó no ha leído las obras literarias de Wagner, y en prueba de ello, yo le reto á que me señale cualquiera de ellas en que el autor de *Lohengrin* se declare autor ó inventor de una *música del porvenir*.»

Contestacion al canto.

En el año de 1850 publicó Ricardo Wagner en Leipzig un libro intitulado LA OBRA DE ARTE DEL PORVENIR. En este libro, muy conocido, publicó las bases de su pretendido nuevo sistema de composicion musical; bases que luego desarrolló más por extenso en otros libros, que no es del caso citar ahora. Desde entónces todas las gentes dieron en señalar las obras de Wagner con el nombre de *música del porvenir*, y con tal nombre fué conocida en toda Alemania y aún fuera de allí, sin que á Wagner durante unos diez años se le ocurriera protestar contra tal denominacion. Pero como entre los alemanes también hay gente zumbona y maleante, no faltó quien se aprovechara de los malos éxitos de algunas composiciones de Wagner, para decir que su *música del porvenir* era en realidad *música del pasado*. Esto tal vez contribuyó á que, en efecto, Wagner luego, cuando fué á poner en escena su desgraciado *Tannhauser* en Paris, protestara enérgicamente contra semejante denominacion, pero no victoriosamente, como tú dices, porque ni pudo arrancar de las bibliotecas su libro, ni de la memoria de las gentes el recuerdo de que *él mismo había titulado con tal nombre su propia obra elemental*; y para el caso concreto de que tratamos, tanto vale decir *obra de arte del porvenir* como *música del porvenir*,

puesto que de lo que se trata es de música en ambos extremos. La cuestión, ó mejor dicho, el asunto es aquí *el porvenir*, que WAGNER FUÉ EL PRIMERO EN SACAR Á PLAZA, sin que su tardía protesta ó notoria inconsecuencia (como otras muchas suyas), bastara á borrar el título consabido. Hoy mismo en todas partes se llama *música del porvenir* á la de Ricardo Wagner; y en el mismo Munich, donde él habita, se le atribuye vulgarmente el dicho «*Die Zukunft wird meine Musik annehmen*», que traducido libremente, significa: «*Mi música será aplaudida en el porvenir.*»

Ya estás contestado, querido Peña; y si aún quieres cerciorarte más, coge cualquier periódico musical del extranjero, ó lee la *Biographie des musiciens* de Fetis, y en todas partes hallarás confirmado lo que te digo.

Basta por hoy. Recibe mis más expresivas gracias por los infinitos favores que debo á tu generosa pluma, la cual (aparte el desliz de la mal aconsejada *Teratologia*) considero como una gloria de nuestra crítica musical, y como una de las mejor cortadas que ilustran nuestra prensa periódica.

Finalmente, te suplico dos cosas: primera, que no tomes á mal el desenfadado estilo con que te escribo la presente carta, aunque éste sea, como lo es en efecto, ménos adecuado á la seriedad de una polémica artística, que á la cariñosa y franca intimidad con que tú y yo nos tratamos; y segunda, que perdones si en la prisa con que te contesto se me ha podido escapar tal vez, á pesar mio, alguna frase ó palabra que parezca desdecir del mucho cariño y consideración que te profesa tu íntimo amigo y admirador constante

FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

19 de Agosto de 1874.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Academia de Ciencias de Paris.

10 AGOSTO.

MM. Fautra y Sarquiau presentan una Memoria sobre la influencia de las selvas en la cantidad de lluvia que cae en una comarca. Los experimentos se han hecho en una selva de más de 500 hectáreas. Colocando los pluviómetros encima de la copa de los árboles, han medido la cantidad de agua que cae en la selva, comparativamente á la que se recoge en una llanura desprovista de árboles, situada á 300 metros de distancia. El resultado de esta doble experiencia ha demostrado que cae mucha más agua en un sitio lleno de árboles, que en otro que no los tenga. Este experimento demuestra de una manera decisiva la influencia de los árboles en el clima de una comarca.

—M. Fuchs, ingeniero de minas, enviado recientemente á verificar un estudio científico en la

regencia de Túnez, envía una comunicación diciendo que el proyecto del capitán Roudaire (de que hemos dado cuenta en uno de los números anteriores de la REVISTA EUROPEA), acerca de la apertura de un canal para la formación de un mar interior en Argelia, está desprovisto de toda base científica, y ha de tropezar con grandes dificultades.

—M. Govi anuncia que ha hecho una feliz aplicación del principio físico, según el cual, las láminas delgadas pueden reflejar la luz y á la vez dejarla pasar, según la incidencia de los rayos luminosos. Sobre la cara hipotenusa de un prisma de cristal ha aplicado una capa de oro tan delgada, que no tiene el valor intrínseco de la tercera parte de un céntimo por centímetro cuadrado. Esta ligerísima hoja deja pasar los rayos directos colorándolos de verde, mientras que refleja en amarillo los rayos oblicuos. Puede servir este pequeño aparato de cámara luminosa; colocándolo oblicuamente sobre el ocular de un microscopio, por ejemplo, la imagen ampliada se refleja sobre un papel, en el que se puede dibujar, siguiendo la punta del lápiz á través de la delgada hoja de oro.

—MM. Noble y Abel dicen que prosiguiendo sus experimentos sobre la combustión de la pólvora, han encontrado que la explosión de la pólvora determina una temperatura de 2.200 grados; es decir, la del platino en fusión. Los resultados de la explosión se reparten entre 57 por 100 de materias sólidas y 43 por 100 de gases permanentes. Estos consisten, sobre todo, en ácido carbónico, en azoe, en óxido de carbono y en hidrógeno sulfurado. La pólvora menuda da ménos gas que la gruesa, pero en general las variaciones son tan grandes, que ninguna fórmula química podrá dar cuenta de la reacción. Las materias sólidas consisten especialmente en carbonato, sulfato é hiposulfito de potasa. El sulfuro de potasio que se cita siempre como el principal de estos productos de combustión, sólo está en cuarta línea.

—M. Chevreul presenta á la corporación un volumen en castellano de una obra que, con el título de *Clasificación y contraste de los colores*, acaba de dar á luz el señor Vanonensta, pensionado en Paris por la diputación de Barcelona. La utilidad del método que se expone es tan grande, que á pesar de las circunstancias por que atraviesa España, la diputación de Barcelona ha costado la edición para repartirla á todas las bibliotecas y corporaciones de la república, y á todos los industriales del Principado.

Congreso internacional de antropología y arqueología prehistóricas.

STOCKHOLMO 8 AGOSTO.

Acaba de abrirse de la manera más brillante este Congreso, tan importante como los anteriores para el progreso de las ciencias. Los sabios y profesores que se han adherido hasta ahora son 1.555, y de ellos han estado presente á la inauguración más de 800, mitad extranjeros.

Nómbrese protector del Congreso al rey de Suecia y Noruega; presidente, al conde Hammig Hamilton; vicepresidentes, á MM. Hildebrand y Nilsson (Suecia); Quatrefages, (Francia); Franks, (Inglaterra); Wirchow, (Alemania); Dupont (Bél-

gica), y Bogdanow (Rusia); secretarios á MM. Hildebrand, hijo, Montelius, Retzius, Chantre, Cazzolis, Stolpe y Landberg; y consejeros á MM. Bertrand, Berthelot, Evans, Von Quast, Schaffausen, Pigorini, Van Beneden, Engelhardt, Rygh, Von Düben, Aspelin, Serch, Romer y Whitney.

Las sesiones del Congreso se celebran en el *Riddarhus* ó casa de los caballeros, edificio de la época de Gustavo-Adolfo, que pertenece á la nobleza sueca.

El secretario, Hildebrand, hijo, expone los motivos de la reunion del Congreso en Stockholm, y refiere el estado de los estudios prehistóricos en Suecia.

Designanse algunas comisiones, y se toman acuerdos para las sesiones sucesivas.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

El cometa descubierto por M. Borelly, de que hablamos en uno de los números anteriores de la REVISTA EUROPEA, ha hecho su aparicion en las mismas regiones celestes en que hemos visto al cometa Coggia desde el 27 de Abril último; pero su órbita está dispuesta de una manera muy diferente. M. Hind ha anunciado que ya ha empezado á decrecer, y que su aparicion debia ser muy corta. Cuando M. Borelly le observó, estaba á una distancia de ochenta millones de kilómetros, distancia que se ha ido aumentando sin cesar desde entonces. Si su brillo parecia que se aumentaba durante unos dias, sin hacerse nunca visible á la simple vista, era porque se aproximaba al sol, y por lo tanto la cantidad de luz reflejada aumentaba notablemente. Su distancia perihelia ha debido ser el 5 de este mes, dia en que, segun M. Hind, no se veia ni con el auxilio de los más poderosos lentes. El cometa ofrecia al principio de este mes el aspecto de una nebulosa, revelando una fuerte concentracion de luz, pero, hablando propiamente, sin foco.

Un despacho recibido en la Sociedad Real astronómica de Lóndres, anuncia que el cometa Coggia ha aparecido en el hemisferio austral del observatorio de Melbourne, donde existe actualmente uno de los más grandes telescopios del mundo. El aspecto del astro es verdaderamente magnífico.

Con el título de *Suscripcion á periódicos y obras por medio de las oficinas de Correos*, publica nuestro estimado colega la Revista del ramo un bien escrito artículo, destinado á poner de manifiesto la conveniencia de que se establezca en España el servicio que expresa el epígrafe, como ya hace muchos años existe en Rusia, Prusia, Bélgica y en la mayor parte de las naciones europeas, y á someter á la discusion de los periódicos un proyecto muy bien pensado, por el cual seria la Administracion, y no los empleados personalmente, la que prestaria el servicio mediante un tanto por ciento muy razonable.

Por nuestra parte, y autorizados por dos casas editoriales de Madrid, podemos decir á nuestro

colega que nos parece muy bien su proyecto, y que recibiríamos como una mejora indudable su planteamiento oficial. Desde el momento en que se prescinde en el proyecto de la autorizacion que se dió á los empleados de correos y telégrafos para prestar sus servicios á las empresas, autorizacion que ha producido perjuicios indudables, que conocemos perfectamente, y de los cuales quizá nos ocuparemos algun dia; desde el momento en que se establece que la Administracion ha de ser la encargada de hacer las suscripciones y los pedidos, y en periodos determinados los reintegros á las empresas; desde el momento en que éstas no tienen que confiar sus intereses á un empleado que hoy está en un punto, mañana en otro, y al dia siguiente no se sabe dónde, ninguna empresa, en nuestro concepto, puede dejar de aceptar el proyecto de la *Revista de Correos*, que envuelve una gran ventaja para el comercio de libros y periódicos, seguridad para los intereses particulares, rendimientos no despreciables para la renta de correos, y una proteccion bastante eficaz al desarrollo de la aficion á la lectura y á los intereses intelectuales de España.

El Dr. Rey, secretario del Consejo superior de sanidad marítima de Francia, recomienda en un artículo remitido á la *Gazette Hebdomadaire* el uso de leche tibia, en cantidad de un vaso cada diez minutos, para combatir los ataques del cólera epidémico. En apoyo de semejante práctica no cita hecho alguno, porque aún parece no haberla experimentado, pero aduce consideraciones teóricas que no dejan de ser razonables. Empieza considerando al cólera como la forma aguda de la disenteria de la India, Cochinchina, Filipinas y otros puntos del Asia, y establece despues, que la única medicacion conveniente contra esta disenteria crónica es el régimen lácteo. Además dice el Dr. Rey: «La leche no puede introducir en la economía ningun elemento capaz de perjudicar en el periodo de reaccion; ántes al contrario, suministra suero y albúmina, que tanto escasean en la sangre de los coléricos.»

En el campamento de maniobras de San German, cerca de Paris, se han hecho unos experimentos muy curiosos, en presencia del general Faye, con las máquinas de guerra de los romanos que se guardan en el museo de San German. La onagra ha arrojado balas de piedra á una distancia de 200 metros. Las flechas de las catapultas han llegado hasta 300 metros en seis segundos. La velocidad de proyeccion de las piedras es de cerca de 41 metros por segundo. Estos instrumentos han sido restaurados con arreglo á los bajo-relieves de la columna Trajana y á los informes que se han podido adquirir. Se ve, pues, que las máquinas de guerra de los romanos no eran tan despreciables como se cree generalmente. Para juzgar del mérito de estas construcciones es oportuno recordar que el fusil del primer imperio no tenia seguridad ninguna á más de 80 metros. Estos experimentos se repetirán en público en Octubre próximo.